
SS
SERVICIO
SECRETO
FRED GORHAN
SECUESTROS
EN NUEVA YORK



FRED GORHAN

Secuestros en Nueva York

1ª. EDICIÓN
OCTUBRE - 1951

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN:

53. — Operación «La Negra».

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

SECUESTROS EN NUEVA YORK

por Fred Gorhan

PRIMERA PARTE

I

Me llaman Dick «el renegado». Nunca me lo han dicho en la cara, pero yo lo sé. En realidad, no me importa. ¿Puede importarme ya nada?

Actualmente resido en Nueva York. Ocupo un cuarto en la pensión de Mistress Rowe. Mi ventana da a la South Street. Por las noches, como ahora, me gusta contemplar el espectáculo del East River, surcado periódicamente por las luces de los *ferries* que, desde el Hudson, dan la vuelta a Manhatan, uniendo Jersey City con Queens, que enciende su luminaria en la otra orilla. Esto al fondo. En primer término, la calle iluminada y ruidosa y los muelles 44 y 45, o sea los terminales, sumidos en densa sombra, agujereada por las luces de los transportes dedicados al comercio de cabotaje, y de los grandes veleros que todavía cruzan los océanos en navegación de altura. Todos estos barcos a vela amarran en el 45, frente a mi ventana. En ningún otro muelle del inmenso puerto de Nueva York los encontraréis. Y a mí me gusta contemplarlos. Por eso vivo aquí

Mis ocupaciones habituales no justifican en modo alguno que yo resida en la South Street, calle marinera por excelencia. Y todo el mundo sabe que yo no tengo nada de marino. Soy una especie de detective privado. ¡Y tan privado! Mi destartalado despacho de la calle 12 sólo lo conocen algunas poderosas agencias de investigación. Yo nunca me anuncié, y la placa ya hace tiempo que la quité de la puerta. Firmas acreditadas como «Pinkerton», «Mackar's», etc., me envían de vez en cuando algún cliente. No por altruismo, claro está, sino cuando consideran que se trata de algo «muy especial», y después de hacerse pagar debidamente la

información. Van a lo suyo.

¿Por qué se me ha ocurrido esta noche la peregrina idea de coger la pluma para hablar de mí mismo, si lo que escriba no irá destinado a nadie? No lo sé. Tal vez porque soy un tipo hermético, incapaz de franquearme con nadie. Pero esta noche siento la imperiosa necesidad de desahogarme de algún modo. Lo confiaré al papel.

Mi nombre es McLaren, Richard McLaren.

Hasta los dieciocho años viví en Pittfiel (Massachusetts). Los McLaren poseíamos el más importante almacén de maquinaria de la ciudad. Yo era hijo único. En el año 41, murió mi madre. Con el viejo nunca me entendí. Un ser despótico y arbitrario. A mi madre le amargó la existencia, sobre todo en los últimos meses de su penosa enfermedad. Por eso, cuando la enterramos, yo le dije que quería alistarme como voluntario en la Aviación. El viejo, con gran sorpresa mía, no se opuso. Más tarde me lo expliqué todo.

En Billtmore hice mis estudios. Allí fué donde conocí a Sim, un rubianco de Kansas, con el rostro cubierto de pecas y unos ojos joviales, plenos de vida. Era imposible no sentirse alegre al lado de Sim. A mí me llamaba Dick «el de la cara larga». No sé por qué. Quizás porque siempre fui serio. Sim, que poseía una extraordinaria habilidad imitativa, remedaba mis gestos y ademanes reposados y mi modo de hablar, de una manera tan cómica, que la gente reventaba de risa. Yo era el primero en reírme. A pesar del evidente contraste de caracteres —o quizás por eso mismo—Sim y yo congeniamos desde el primer momento, hasta convertirnos en camaradas inseparables. El azar se encargó de anudar aún más los lazos de nuestra sincera amistad. Corrimos juntos toda la emocionante aventura de la guerra. Pilotábamos los nuevos aparatos de caza que hicieron su aparición a finales del año 42. Me refiero a los bimotores «Alphe D. K.». No poseían la movilidad de los monoplazas, pero su eficacia de fuego era algo admirable, y el radio de acción bastante mayor. Sesenta servicios fué nuestra contribución a la guerra. Siempre juntos. A cada vuelo, las probabilidades de regresar disminuían. Pero la Luftwaffe no podía con nosotros. Eso decía Sim. Yo también lo creía. Habíamos hecho planes para cuando terminase la guerra.

—¡Oíd, muchachos! —voceaba Sim—: cuando acaben los tiros, me llevaré a Kansas al «Cara larga». Lo he pensado muy bien. Allí lo casaré con mi hermana Peggy, a la que no hay modo de encontrarle novio. Y no es que la chica sea fea, sólo que bizquea un poco y tiene la pierna derecha algo más corta que la izquierda. ¡Tonterías! El

«Cara larga» se dedicará al cultivo del ciprés, y en dos o tres años nos haremos ricos vendiendo a todos los cementerios de Kansas los más hermosos cipreses de que jamás haya habido noticia. Ya veréis…

Bromas aparte, era verdad que habíamos acordado repatriarnos juntos y establecernos en Topega, donde la familia de Sim poseía una excelente estación de servicio para coches. Yo sería algo así como el jefe del taller. Pero el Destino es cruel para los hombres. Había dispuesto las cosas de otro modo.

Fué un amanecer, en el cielo de Normandía. Nuestra escuadrilla recibió la orden de proteger la acción ofensiva de diez «fortalezas» que debían bombardear a escasa altura un objetivo cerca de París. Las encontramos en el Canal, procedentes de Inglaterra, y abrimos marcha en dirección al objetivo. Al principio, todo se deslizó como una seda. Pero al regreso, treinta «Messersmitt» nos cerraron el paso antes de que las «fortalezas» pudiesen ganar altura. Entramos en combate. Durante diez minutos o diez siglos —la noción del tiempo se pierde en tales ocasiones— el cielo y la tierra bailaron ante mis ojos en loca zarabanda, entre el agudo zumbido de los motores y el loco tableteo de las ametralladoras. Un «Messerschmitt» estalló en el aire, y otro se hundió en el vacío dibujando en su caída una larga estela de humo negro. Terminaba el combate.

—¡Okey, Dick! —le oí decir a mi camarada—. Ahora, aprisita a los brazos de mamá.

Pero cuando aterrizamos en la base, Sim estaba muerto. Su cabeza caía inerte hacia atrás, y un hilo de sangre le corría por una de las comisuras de la boca.

Bueno, creo que me porté como un insensato. Después de que por la tarde se llevaron a Sim en una furgoneta, me metí en el bar, y aquella noche cogí la borrachera más grande de mi vida. Yo no me acuerdo de nada. Pero, por lo visto, me dediqué a romper botellas y espejos y a pelearme violentamente con todo el mundo.

Tuve mala suerte. Terminaba la guerra y sobraban pilotos. Por eso me formaron expediente que, dadas las anómalas circunstancias en que ocurrió todo, a lo último no prosperó, aunque los cargos eran bastante graves. Eso sí; a los dos meses me dieron la licencia, y me enviaron a mi casa.

En Pittfield sólo duré veinte días. Resultó que mi padre ya llevaba ocho meses casado. Había contraído segundas nupcias, y no me había dicho ni media palabra. Se comprende. Al lado suyo, la esposa era un niña; sólo tenía veintidós años. Se llamaba Gladys, y yo la conocía por haberla visto en la droguería de John Smiles.

Ahora comprendí por qué no se opuso a que yo ingresara en la Aviación. Quería tener el campo libre y evitar avergonzarse delante de su hijo por el disparate que iba a cometer. Naturalmente, una muchacha de cierta belleza como Gladys, que no dudaba en unirse en matrimonio a un hombre que le sobrepasaba en cerca de cuarenta años, ya quedaba juzgada de antemano. Pensé, como es lógico que sería ambiciosa y egoísta. Pero me quedé corto. Pronto pude comprobar que Gladys carecía de todo escrúpulo. Era una desvergonzada. Una tarde, que quedamos a solas en la casa, Gladys se me insinuó descaradamente, y yo la abofeteé, al viejo no quise decirle nada. ¿Para qué? Además, me sentía profundamente asqueado. Aquella misma noche salí de Pittfield con treinta dólares que me prestaron, y me vine a Nueva York.

Durante seis meses estuve trabajando en un garaje de Tompkins Square. Un tal Clark me animó para que solicitase el ingreso en la escuela de Frech Pond. Me admitieron la instancia, y aprobé el examen. Los doce meses de internado los pasé sin pena ni gloria. Me aplicaba tozudamente al trabajo, pero era irritable y me molestaba que insistiese sobre materias que ya había asimilado, sin comprender que siempre quedan rezagados. Por eso cobré fama de indisciplinado y soberbio, aunque nunca lo fui. Si acaso, un poco brusco. Pero es que me sentía muy aislado. Desde que muriera Sim, tenía la sensación de padecer una extraña sordera, o como si el mundo hubiese perdido de pronto intensidad, latido.

Un buen día me encontré en la calle con mi flamante título de agente al servicio de la Oficina Federal de Investigación, en Washington, donde debía presentarme pasados veinte días. Ya estaba arrepentido del paso dado. Pensé que se me asignaría una tarea burocrática, y el panorama no me producía ni pizca de entusiasmo. Me vine otra vez a Nueva York, y aquí estuve haraganeando. Después de dudarlo mucho, decidí presentarme a mis jefes de Washington. Sólo que lo hice con diez fechas de retraso. Esta circunstancia contribuyó a que ya el primer día trabase directo conocimiento con el «segundo de a bordo», el inspector Clyde Tolson, lugarteniente de Mr. Hover. Por lo visto, Tolson había dado órdenes de que me llevasen a su despacho en cuanto asomase mis narices por allí. La entrevista fué muy poco cordial.

—¿Por fin se ha dignado honrarnos con su presencia? —me preguntó sarcásticamente, midiéndome con la mirada de los pies a la cabeza—. ¿Quiere explicarme por qué ha retrasado su incorporación?

Yo dije la verdad. Además, suponía que ninguna tarea urgente

me esperaría allí.

—¡Me gusta su frescura! —exclamó Tolson.

—Disculpe, señor. Expongo la verdad honradamente. Nunca fui partidario de la mentira. Podía haberle dicho que alguno de mis familiares se puso enfermo, pero he preferido informarle de lo que ya sabe.

—¡Oiga, McLaren! creo que ha equivocado el camino. Esto no es ningún parque de recreos Aquí queremos disciplina a rajatabla, ¿me entiende?

—¿Tenía que prestar *ya* algún servicio? —interrogué con asombro.

—¡*Tenía*, que estar aquí en la fecha señalada! —me gritó Tolson, de muy mal humor—. Su conducta de ahora y los informes de Frech Pond, no me gustan nada. ¿Niega que en la Escuela no brilló precisamente por la disciplina?

—No niego nada, señor —le dije—. Pero creo que salí bien de todas las pruebas. No soy indisciplinado por naturaleza, pero me gusta pensar por cuenta propia. Cuando en Frech Pond me enseñaban algo que no sabía, me aplicaba como el primero al trabajo, pero cuando había asimilado la enseñanza, me molestaban las repeticiones. Por eso cobré fama de indisciplinado. Además, la práctica me gusta mucho más que la teoría. Asígneme un trabajo concreto, fuera de la rutina burocrática, y si no cumplo como los buenos, pueden darme la patada.

—¡Está bien, McLaren! Hasta ahora sólo descubro en usted, además de lo que ya sabía, descaro y petulancia.

—Quizás rectifique más adelante, señor.

—Lo dudo mucho. Ahora, preséntese al inspector Henderson, de «personal».

—¿Nada más?

—Nada más, McLaren. ¡Buenos días!

En realidad, el tono de la entrevista no debió guardar correspondencia con la impresión que de mí se llevó Tolson. Lo digo porque fui el único de mi promoción a quien, desde el principio, se le asignaron tareas de responsabilidad. O tal vez —eso se rumoreó — fué que Tolson quiso ponerme en un aprieto para tratar de bajarme los humos.

Tres días después de mi presentación, Tolson me mandó llamar.

—Oiga, McLaren —me dijo—, según me dio a entender el otro día, a usted lo que le gusta es el «baile», ¿verdad?

Yo adiviné lo que quería insinuar, y respondí que así era, en efecto.

—Muy bien. Entonces, le enviaré a San Francisco. Allí están ahora de «fiesta» los muchachos de Lucky Soriano, y usted podrá lucir sus habilidades de consumado bailarín. Trate de no perder el compás.

No me aburrí en San Francisco. El «baile» fué bien movido. Culminó la «fiesta» con una gran ensalada de tiros en el salón Jackson, de Mariposa Street. A mí me agujerearon el pellejo, y tuve que pasarme quince días en el hospital, pero los muchachos de Soriano tuvieron que suspender el festejo para ingresar a la cárcel. Desde entonces, conté con la estimación de Clyde Tolson, aunque éste jamás la manifestase de palabra. Pero yo lo sabía.

No voy ahora a hacer relato de mis complicadas aventuras durante los tres años que permanecí en el F. B. I. hasta mi voluntaria salida de este organismo federal. Los continuos desplazamientos de un extremo a otro del país, y los dos viajes a Europa, amén de mi estancia de dos meses en Sudamérica, siempre en actos de servicio, no significan para mí otra cosa, que azarosas circunstancias que no consigo vincular íntimamente a mi existencia. Mi impresión es que todo aquello bien le pudo suceder a otro. Sólo dos hechos de esta movida etapa logran afectarme profundamente, hechos íntimamente ligados: mi encuentro con Pamela, la chica de Tommy Luccino, y el incidente que dió origen a mi tan comentada salida del F. B. I. De ellos, solamente quiero hablar ahora.

***

A Pamela la conocí en Boston de un modo completamente fortuito. Eso, al menos, creí en principio. Por aquella época yo andaba a la caza de Tommy Luccino. Soberbio tipo el de Luccino, como todo el mundo sabe. Un hombre menudo, de nervios de acero y listo como un rayo. No hubo otro como él para preparar y dirigir «golpes» que ofreciesen en su desarrollo aquella precisión de aparato de relojería que Luccino sabía imprimirles. Era un genio del robo.

¿Quién no recuerda el espectacular asalto, en mayo del 49, a la joyería McCrony, de la Quinta Avenida neoyorquina? Un hecho sensacional que la Prensa se encargó de airear por todo el país. En pleno día de un domingo, con la inocente colaboración de las autoridades, cinco hombres lograron penetrar en el edificio de McCrony, volar con nitroglicerina la cámara blindada, y huir, sin dejar rastro, con un botín en piedras preciosas valorado en más de cuatrocientos mil dólares. Algo increíble, pero que después se reveló

como un problema matemático que no podía fallar.

Los asaltantes se presentaron en una camioneta de la «New York Telephone Co.», convenientemente disfrazados de mecánicos de la compañía. Según dijeron al guardia que hacía servicio en el cruce con la 55, venían a reparar una avería de la línea telefónica. Éste no se receló nada y les dejó que se estacionasen frente a la joyería donde estaba la trampa metálica que conducía al subterráneo, mientras desviaba el tráfico descendente en dirección a la Sexta Avenida. De esta forma los cinco hombres pudieron «trabajar» con toda comodidad y sin prisas. Una vez en el subterráneo, valiéndose de una taladradora eléctrica, abrieron un boquete, por donde penetraron en el sótano del edificio. Lo demás fué coser y cantar. Se llevaban la papeleta muy bien aprendida. La célula fotoeléctrica la salvaron limpiamente, arrastrándose por el suelo. Después, vino lo de la voladura. Un truco ingeniosísimo que despistó a todo el mundo. Al sobrevenir la explosión, un cómplice que el día anterior había alquilado un departamento en el Shelton Hotel, situado en la otra acera, frente a «McCrery», rompió la marquesina del hotel, y conectó un aparato de alarma que había instalado en el dormitorio, dándose seguidamente a la fuga. Esto hizo que tanto el público como la policía creyese en principio que la explosión había partido del hotel, circunstancia que aprovecharon los audaces ladrones para salir tranquilamente a la calle por la trampa metálica, y subir a la camioneta que partió sin que nadie la molestara, mientras la muchedumbre, contenida por un cordón de patrulleros, se congregaba frente al Shelton.

Como todos saben, el sensacional asunto de McCrery sólo sirvió para que las autoridades del estado de Nueva York se devanasen baldíamente los sesos. Resultó que el mismo cerebro que había planeado el «negocio» supo después atar diabólicamente todos los cabos que, como es lógico, se esperaba que hubiesen quedado sueltos. Tolson fué el primero en hablarme entonces de Tommy Luccino. Recuerdo sus palabras:

—No conozco a otro hombre fuera de Luccino, capaz de dar ese golpe, verdadero milagro de precisión y cálculo.

—¿Y no cree que sea precisamente Luccino el autor? —le pregunté.

—No estoy seguro. Según parece, Luccino ha presentado una coartada excelente. Aunque no es esto lo que más me hace dudar, sino la materialidad de lo robado. Luccino es un águila, y nunca le interesaron las piedras preciosas porque sabe lo difícil y comprometedor que resulta desprenderse de ellas. Tarde o

temprano, se localizan, y por el hilo se saca el ovillo.

El asunto no era de nuestra incumbencia y, por entonces, sólo pude enterarme, poco más o menos, de lo que dijo la Prensa. Ahora sé que no fué Tolson el primero que, a raíz del hecho, fijó sus ojos en Luccino. La «Insurance National Co.», en donde McCrery tenía aseguradas las piedras, sospechó también desde el primer momento de él. La poderosa compañía lanzó a sus «sabuesos» tras del sospechoso, con la esperanza de recuperar las valiosas piedras y evitarse tener que desembolsar a su asegurado McCrery la bonita suma de cuatrocientos mil dólares. Parece ser que los agentes de la «National» se estrellaron ante la coartada que Luccino había presentado frente a la policía, pero que supieron desenterrar un viejo asunto que a Tommy no le interesaba que llegase a oídos de las autoridades. Entonces los de la «National» se pusieron en contacto con el hombre para informarle de lo que habían descubierto, diciéndole que estaban seguros de que, a pesar de su coartada, él había sido el del golpe de McCrery; cuando menos, el que lo planeó. Si Tommy les devolvía las piedras, ellos se darían por satisfechos, y se reservarían escrupulosamente la información del asunto que acababan de descubrir, y que tan comprometedor resultaba para Luccino. En pocas palabras: Los de la «National» intentaron hacerle una especie de chantaje. Pero Luccino se salió astutamente de la trampa. Solicitó de ellos un plazo de dos días, y, a las pocas horas, alzaba el vuelo de Nueva York, desapareciendo misteriosamente.

De todos estos pormenores quedé enterado más adelante, al intervenir yo en el asunto. Mi entrada en escena fué motivada por otro robo no menos sensacional, acaecido en noviembre de aquel mismo año, o sea seis meses después del asalto McLaren. En esta ocasión, el lugar del hecho fué Filadelfia, y la víctima, la «Zickel Co», acreditada joyería sita en Market Street. Por lo demás, el nuevo hecho delictivo presentó desde el principio características muy curiosas, que lo relacionaban con el anterior: Los asaltantes fueron, como en el caso de McCrery, cinco; el producto del robo, joyas y piedras preciosas tasadas en unos trescientos mil dólares, amén de una pequeña cantidad en metálico, y la casa aseguradora la «Insurance National Co.».

Cinco días antes del asalto, se recibió en la «Zickel Co.» el siguiente recado telefónico:

—¡Oiga!… Aquí, la agencia de limpiezas «Wanamaker's». Les llamamos para informarles que nuestro número de teléfono ya no es el que figura en la vigente guía. Nos lo han cambiado. Ahora es el

East 1-8645. ¿Quieren anotarlo?

La «Zickel» era un abonado de la «Wanamaker's», quien periódicamente corría con la limpieza de las innumerables ventanas que se abrían a las dos fachadas del edificio de la joyería de Market Street esquina a la 19.

El empleado anotó el nuevo teléfono, y entonces el comunicante le preguntó:

—Según nuestro registro, dentro de cinco días nos corresponde hacer la limpieza de su fachada. ¿Están conformes o prefieren otra fecha?

Después de consultar con quien correspondía, el empleado dió la conformidad.

Hacia las tres de la tarde del día previsto, una camioneta de la agencia de limpiezas paró frente a la «Zickel», y sus ocupantes, cinco mozos armados con los inofensivos útiles del oficio, penetraron en el inmueble. Durante cuatro horas se dedicaron afanosamente a la tarea. A las siete, cuando ya se habían marchado los empleados, y las oficinas quedaban vacías, los cinco mozos de la «Wanamaker's» terminaban con la limpieza de los huecos del primer piso. Allí les aguardaba el cajero y un auxiliar. El gerente, según costumbre, seguía trabajando en su despacho.

—¿Han terminado ya? —preguntó el cajero, cuando los cinco hombres estuvieron en el interior, con los útiles recogidos.

Pronto salió de dudas. Precisamente ahora es cuando empezaba el verdadero «trabajo». Lo comprendió al verse encañonado, lo mismo que su auxiliar, por sendas y magníficas pistolas empuñadas por tres de aquellos hombres, mientras los otros dos se dirigían sin pérdida de tiempo al despacho del gerente. Aquí no hubo necesidad de emplear la escandalosa nitroglicerina. El gerente, mal de su agrado, les dió acceso a la cámara blindada, y el cajero, a la caja dedicada a los pagos. En total, diez mil dólares en metálico y —lo que era mucho más importante— un magnífico lote de brillantes y las soberbias alhajas destinadas a Evelyn Brandley, la hija del conocido prohombre de Chicago, cuyo matrimonio ya habían anunciado los periódicos.

Después de maniatar y amordazar convenientemente a los tres personajes, los cinco «mozos» descendieron a la planta baja, con sus cubos y bayetas. Allí estaban los dos vigilantes, quienes sin sospechar lo más mínimo, cambiaron amables frases con los ladrones, les franquearon la salida, y los vieron partir en la camioneta. Hasta pasada media hora no pudieron enterarse de nada.

Como es lógico, también el procedimiento puesto en práctica por los asaltantes en este caso, recordó el empleado para el golpe de McCrery. Esta circunstancia, junto con las mencionadas más arriba, proporcionó la casi seguridad de encontrarse frente a la misma banda que fraguó el sensacional robo de seis meses atrás. Y Tommy Luccino volvió a salir a escena. Tolson ya no dudaba de que fuese él quien planeó uno y otro negocio.

—Es imposible que otro hombre que no sea Luccino pueda llevar a cabo golpes tan magistrales.

—Pues cuando lo de «McCrery» —le recordé— usted no estaba seguro de que hubiese sido él.

—Ahora es distinto —me dijo—. En aquella ocasión mis dudas nacían, no de la coartada que presentó a la policía —en este sentido admito que el hombre es de una astucia diabólica—, sino de mi resistencia a admitir que un hombre tan listo como él se hubiera arriesgado a apoderarse de un botín que resulta muy difícil transformar en dinero contante y sonante sin correr gravísimos riesgos. Pero ahora ya han pasado seis meses, y las piedras que robaron a «McCrery» no han podido ser localizadas por parte alguna del país. ¿Qué indica esto? Muy sencillo: que el ladrón ya contaba con un procedimiento seguro para «realizarlas» sin dejar por ello la menor pista. Se me ha ocurrido que tal vez vendan la «mercancía» en Europa.

—No es mala la idea —opiné—. Por eso no han dudado en volver a dar otro golpe igual.

—¡Exacto! El asunto puede ser, por sus derivaciones, mucho más grave de lo que yo suponía. Creo que terminaremos por intervenir en él.

Esta conversación la sostuvimos unas tres fechas después del golpe asestado a la «Zickel». A los pocos días Tolson me llamaba a su despacho. Cuando salí, llevaba una misión bien concreta que cumplir, pero nada fácil: localizar el ignorado paradero de Tommy Luccino de quien no se tenía la menor noticia desde hacía cinco meses.

No voy hacer ahora mención de las innumerables e infructuosas pesquisas que llevé a cabo en distintas ciudades, durante los primeros quince días. Iré directamente al grano.

La primera noticia que tuve de Pamela, me la proporcionó en Nueva York cierto camarero del «Boni's», un restaurante de la calle 49, que Luccino solía frecuentar en sus buenos tiempos. El hombre se acordaba muy bien del famoso Tommy Luccino. Le había servido muchas cenas. Me habló de sus conocidos sin que apuntase el

menor dato de interés. De pronto, me sorprendió oírle decir:

—…Mr. Luccino tenía una hija muy guapa.

—¿Una hija? ¿Quién le ha contado ese cuento?

—Nadie. Además, no es cuento. Verá usted… Una noche, cuando pasaba por el pasillo, frente a los lavabos, encontré una fotografía tirada en el suelo. La recogí, y estuve mirándola. Se trataba de una chica joven, de unos dieciocho años, muy hermosa, con una gran cabellera suelta sobre la espalda. En la foto se leía escrito con tinta roja: «A mi papá, con muchos besos de su Pamela». Pensé, como es lógico, que se le habría caído a algún cliente, y me la guardé por si alguien la reclamaba. En aquel momento, apareció en el pasillo Mr. Luccino. Parecía buscar algo con los ojos. Era el retrato. Recuerdo que al entregárselo, le dije: «¡Enhorabuena, Mr. Luccino! Es muy bonita». Me golpeó el hombro, y rió satisfecho. «¡Gracias, Joe! Toma esto». Y me dió un billete de cinco dólares.

Guardó silencio el camarero, y yo permanecí pensativo durante breves instantes.

—¿Se fijó si en el retrato figuraba el sello del fotógrafo?

Desde luego, sus señas estaban allí, pero no las leí.

—¿No recuerda, entonces, ni la ciudad?

—Creo que era Utica, pero no estoy seguro.

La imprevista información me sirvió de mucho. Precisamente aquella noche estaba citado con Rita Marlow, la que fué amiga de Luccino hasta que éste levantó el vuelo. La espectacular rubia era ahora la amante de Paddy Wivel, el dueño del «Copain Club» de la calle 14, en donde ahora lucía sus encantos. Este Paddy Wivel era un sujeto de cuidado. Se había enriquecido explotando sucios negocios de juego, y otros menos recomendables todavía. Pero era listo y tenía agarraderas. Según mis informes, entre Luccino y él nunca había reinado la armonía. Se odiaban. Por lo visto, esta malquerencia no había sido obstáculo para que Paddy se hubiese alzado con la antigua amiga de Tommy. Mis actividades me habían llevado, tiempo atrás, a relacionarme con el dueño del «Copain». Los dos nos conocíamos perfectamente. Por cierto que Paddy me trataba con una corrección y cordialidad sorprendentes, y siempre que asomaba por su club se desvivía por hacerme agradable mi estancia en él. Puro formulismo.

Cuando le expuse mi deseo de hablar con Rita, el hombre me dió toda clase de facilidades, citándome en su club para aquella misma noche.

Horas después de mi visita al «Boni's», hacía mi entrada en el «Copain Club». Un camarero me llevó a las habitaciones privadas de

Paddy. El hombre me aguardaba en un saloncito muy coquetón. Me saludó como a un viejo amigo y, después de tomar asiento, estuvimos bebiendo *whisky* en espera de Rita, que ya no podía tardar.

—¿Por qué quiere conversar con ella, McLaren?

—Creo que ya se lo supone.

—¡En absoluto! —rió Wivel.

—Le diré, entonces, que deseo hacerle algunas preguntas sobre Luccino.

—No sabía que buscasen ustedes también a Luccino.

Yo no hice el menor comentario, y Paddy continuó:

—Me parece que no podrá sacar nada en limpio de Rita. Ella ya declaró en la Central. ¿No se lo han dicho?

—Sí. De todas formas, me gustará hablar con Rita.

—¡Bravo! Ustedes, los personajes de Washington se consideran más listos que los policías de Nueva York, ¿no es así?

No tuve necesidad de responderle, porque en aquel instante se abría la puerta, y el esperado personaje entraba en el saloncito.

Vista a unos metros de distancia, Rita Marlow sorprendía por su detonante belleza, a lo que indudablemente contribuía su abundante cabello teñido de rubio platino en contraste con sus ojos negros, la piel ligeramente morena, y los labios de encendido carmín. Esto, unido a su espléndida figura, daba la impresión de encontrarse ante una muchacha que aún no había rebasado los veinticinco. Pero más de cerca se podía apreciar, tras el revoque de la magnífica fachada, que Rita ya era una mujer en años y experiencia.

Paddy hizo las presentaciones, informándole de quién era yo, cosa que la mujer ya debía saber indudablemente de antemano; después, intentó dejarnos a solas para que «hablásemos con toda libertad». Yo me opuse. ¿Acaso no iba a informar después a su amante de toda nuestra conversación?

—¿Cuándo vió por última vez a Tommy?

—Me telefoneó el mismo día que se marchó de Nueva York. Después, estuvo en mi casa. Desde entonces, no le he vuelto a ver.

—¿Qué le dijo?

—Pues eso, que se marchaba de la ciudad por una temporada, sin concretar a dónde.

—Tommy le debió informar, al menos, de los motivos —aseguré yo.

—Nada de eso —sonrió Rita, mirándome con descaro.

—¿Me juzgará descortés si le digo que no la creo?

Paddy se echó a reír, y Rita le secundó, sin sentirse, por lo visto, muy ofendida.

—Pues cuando declaré lo mismo en la Central de Policía, me creyeron —replicó burlona.

—¡Qué remedio! Yo también fingiré creerla, si persiste en su actitud. Pero si he de ser franco, le diré que me consta que usted sabe perfectamente las razones que aconsejaron a Tommy a esfumarse. Como es lógico, Paddy también debe conocerlas ya.

—¡Vamos, vamos! —rió el aludido a mi espalda—. No hay que ser tan suspicaz, McLaren.

En aquel momento me di cuenta de que los dos personajes obraban de perfecto acuerdo, con arreglo a un preciso plan trazado de antemano. Rita, sentada frente a mí, guardaba silencio, sin molestarse en protestar de mis palabras, mientras clavaba los ojos en el rostro de Paddy que yo no podía ver. De pronto, la mujer esbozó una sonrisa y bajó los ojos.

—Reconozco que es usted muy listo. En la Central, no sé por qué, no quise decir nada, pero la verdad es que Tom tenía buenos motivos para esconderse.

—¿Cuáles?

—Los de la «National» le habían preparado una encerrona.

Entonces fué cuando quedé informado de la especie de chantaje que la compañía aseguradora había intentado hacerle a Luccino, a raíz del asalto a «McCrery», en la creencia de que sólo él podía ser el autor del hecho. Rita me proporcionó cuantos datos pude apetecer. Yo no sabía a qué atribuir su extraña conducta de franquearse conmigo sobre un asunto del que nada había querido declarar hasta entonces a la policía. Por otra parte, tenía la sensación de que en aquellos momentos Rita era sincera, y que no ahorraba detalle de cuanto supiese.

—Ahora comprendo —manifesté— por qué se oculta tan obstinadamente, aun a trueque de que se le inculpe del reciente asalto a la «Zickel Co». ¿Qué asunto fué aquel que descubrió la «National», y con el que amenazó a Tommy?

—No lo sé, a punto fijo. Según parece, fué algo ocurrido en Rochester, hará tres o cuatro años. Creo que mataron a dos policías. Por lo visto, la «National» contaba con testigos que podían demostrar que Tom intervino en aquello.

—¡Ya!… Lo extraño es que los de la «National» no hayan dicho hasta hoy ni media palabra de todo esto a las autoridades.

—A mí no me extraña —intervino Paddy—. Tienen una buena baza en sus manos, y no quieren perderla.

—Sobre todo, si siguen creyendo que fué Luccino quien dió el golpe de «McCrery» —completé yo.

Wivel me guiñó un ojo, y asintió con la cabeza.

—En aquella ocasión —continué, desviando la mirada hacia Rita —, si mal no recuerdo, Tommy presentó una coartada, diciendo que a la hora en que los ladrones volaban la cámara blindada, él estaba en un cine en compañía… de usted precisamente, Rita.

—¡Claro que sí! —admitió, inmediatamente, la mujer—. Los de la «National» son unos estúpidos. Tom no estuvo aquella tarde en la joyería; estaba conmigo en el Clarion. Hay testigos.

—Cierto. Y hablando de otra cosa: ¿Qué habrá sido de su hija?

—¿Qué hija? —me preguntó Rita, abriendo los ojos.

—La de Tommy Luccino: Pamela —aclaré, en el tono más inocente de voz que pude hallar—. ¿Usted no la conocía?

—No. Tom nunca…

Rita no terminó la frase, y ahora me miraba con evidente expectación. Yo fingí no darme cuenta de nada, y proseguí, haciéndome el asombrado.

—¿Pero es que no sabe usted que tenía una hija?

—Sí… claro…, pero Tom nunca se lo dijo a nadie. Sólo a mí.

—Pues ahora la noticia ya es del dominio público. Creo que la tenía en Utica.

—Sí. En un colegio. Desde niña.

—Pero ahora ya es mayor.

—Claro… Tom estaba orgullosísimo de ella. Decía que era la pelirroja más hermosa del mundo. Yo nunca la pude ver. Sólo la conocí por fotografía, y desde luego, llamaba la atención. ¿Sigue en Utica?

—No —aseguré yo.

Cuando me vi en la calle, me faltó tiempo para coger un «taxi» y dirigirme a la Central.

II

El teniente Lester, del Departamento de Policía de Nueva York, estaba perfectamente informado del asunto. Lo recordaba bien. Cuando media hora más tarde me entrevisté con él en la Central, y le conté lo que Rita Marlow me acababa de referir sobre los motivos que habían impulsado a Luccino a ocultarse, el hombre profirió una maldición.

—A esa pécora la interrogamos nosotros a raíz de la desaparición de Luccino, y, entonces, no hubo modo de que soltase prenda.

—Pues esta noche se moría por decirlo. Yo saqué la impresión de que Paddy y ella obraban de perfecto acuerdo. Por lo visto, traman algo. Ustedes deben recordar lo que sucedió hace dos o tres años en Rochester, ¿verdad? Según Rita, murieron dos policías.

—¡Claro que nos acordamos! El asunto que esgrime la «National» fué el asalto a la Banca Poodle, en enero del cuarenta y seis. Los ladrones no consiguieron sus propósitos, y hubo un tiroteo en el que cayeron dos hombres de nuestro Departamento. Y ahora resulta que la «National» posee pruebas contra Luccino, que se ha reservado cuidadosamente Ya hablaré yo con ellos —terminó en tono amenazador.

Cuando me vi de nuevo en la calle, busqué un coche que me quisiera llevar a Utica. No le había dicho nada al teniente Lester de la muchacha que imprevistamente había surgido en escena como la hija de Tommy Luccino. Aquella presa me la reservaba para mí. Intuía que ella me podía llevar a Luccino, y no quería que ningún sabueso de Nueva York me ganase la partida.

A Utica llegué a las ocho de la mañana. Como suponía, no me fué difícil localizar el pensionado. Sólo había dos en la ciudad. El más importante estaba situado en las afueras, a una milla y media, cerca de la carretera que va a Rochester, un espléndido edificio rodeado de jardines. El colegio lo regentaba una tal Mistress Higgins. Me entrevisté con ella, y a las primeras de cambio, mis indagaciones se vieron confirmadas por completo. Sólo que la chica de Luccino ya había alzado el vuelo. Hacía justamente veinte días que su padre se había hecho cargo de ella. A Pamela la habían inscrito con el apellido Roggers, y todo el mundo estaba convencido

de que su padre se llamaba Thomas Roggers, un adinerado hombre de negocios. Mistress Higgins me contó la historia:

Pamela ingresó en el coleado cuando sólo contaba tres años. Mister Roggers había quedado viudo, y no podía ocuparse de ella. Se le dijo que en aquel coleado sólo se admitían niñas que ya hubiesen cumplido los diez años, pero hubo que hacer una excepción porque Mister Roggers se mostró dispuesto a no reparar en gastos. Se tomó a una niñera para que cuidase de Pamela. El padre la visitaba dos o tres veces todos los años. Siempre venía solo. Ahora se explicaba Mistress Higgins la extraña conducta de aquel padre que no quería tener a la hija con él y que, sin embargo, en el curso de sus espaciadas visitas, daba muestras de sentir un vivo afecto por ella. Por su parte, Pamela también lo quería; sobre todo cuando fué mayor, su inclinación por él era manifiesta. Lo adoraba. En aquellos últimos años, Mister Roggers solía venir todos los veranos y se llevaba a la hija en viajes de recreo que, a veces duraban hasta un mes. En una ocasión se fué con ella al Canadá; en otra, a Méjico. Recientemente, según explicó Pamela a todo el mundo, su padre le había dicho que por fin la llevaría a vivir con él. La muchacha estaba loca de alegría, y, efectivamente, Mistress Higgins recibió una carta del padre, en donde le anunciaba que en fecha próxima vendría para hacerse cargo definitivamente de su chica. Siete u ocho días más tarde, cumplía su promesa y se llevaba a Pamela, sin decir a dónde.

Esto fué en substancia lo que me explicó Mistress Higgins, si bien con muchísimas más palabras, extendiéndose en las obligadas consideraciones y haciéndome de la chica de Luccino los más encendidos elogios.

—¿No sabe, pues, a dónde marcharon?

—Pues, en cierto modo, sí. Creo que están en Boston. Verá usted… Pamela le ha escrito desde allí dos cartas a Miss Kane, su condiscípula y amiga más íntima.

—¿Podría hablar con esa señorita?

La amable señora accedió, y al poco rato entraba en el despacho Miss Kane, una muchacha morena de unos veinte años. Yo había rogado a Mistress Higgins que me dejase obrar por mi cuenta, y me presenté a la chica como un amigo de Mister Roggers, a quien me interesaba extraordinariamente localizar. Cosas de negocios. De este modo, Miss Kane no pudo sospechar nada esencial, y se prestó con toda desenvoltura al diálogo.

—Lo siento —me dijo—; no tengo las señas. Pamela me ha escrito, efectivamente, dos cartas desde Boston, pero no me ha

enviado ninguna dirección. Dice que lo hará cuando se instale definitivamente en casa de su padre. Por lo visto, sólo están en Boston de paso.

—¡Qué contrariedad! Y yo que tenía tanta necesidad… Óigame, señorita, ¿podría yo ver esas cartas? Conozco muy bien Boston, y tal vez tropiece con algún dato que pueda orientarme.

—No creo —dudó la muchacha—. De todas formas, con mucho gusto. Ahora las traeré.

La chica me entregó las dos misivas con sus sobres correspondientes. Por éstos pude comprobar que ambas cartas habían sido echadas en el mismo buzón de origen: la Estafeta num. 12, de Boston. Una de ellas aparecía fechada el 15 de noviembre y la segunda, el 2 de diciembre, o sea, que esta última, había sido escrita hacía tan sólo cuatro días. De la primera me grabé bien esta frase. «Hoy estuve en la Iglesia de la Trinidad. Es hermosísima. *Desde mi ventana se ven sus torres*, y yo…». De la otra carta, saqué el siguiente dato, mucho más valioso todavía: «…*y casi todas las mañanas paseo por el Parque Common. Me gusta muchísimo la glorieta donde está la estatua de Jorge Washington, frente al lago*. Si vieras…». Al final me sorprendió leer: «Perky, que está aquí conmigo, envía muchos besos a su querida Suzy».

—¿Quién es ese Perky que le manda besos a Suzy? —pregunté.

—Suzy soy yo —rió Mis Kane— y Perky, el perro de Pamela. Se lo trajo su padre, hará unos dos años.

—¡Diablo! No sabía que en un colegio pudiesen tener perros las alumnas —reí yo también.

—En efecto, no los admitimos —intervino Mistress Higgins—, pero con Pamela hicimos una excepción. No olvide que llevaba dieciséis años en el colegio, y que para todas era más que una alumna.

—¡Ya comprendo! Además, que sería un perro pequeño, ¿no?

—Sí, señor —confirmó la muchacha, con animación—; un foxterrier de pelo duro, blanco, con manchas canela. Es precioso, y, además muy listo.

Me despedí de las dos mujeres, y salí al exterior. El problema se había simplificado notablemente. Ahora sólo se trataba de encontrar a una hermosa muchacha de diecinueve años, alta, de tez blanca y ojos obscuros, que poseía una espléndida cabellera suelta sobre los hombros de un cobre encendido, «como una gran llamarada» —datos que me había proporcionado la directora, de quien transcribo la anterior frase entrecomillada—. Esta muchacha residía en Boston, cerca de la Iglesia de la Trinidad y muchas

mañanas paseaba por el Parque Common, preferentemente —había que persuadirlo, porque le gustaba muchísimo—por la glorieta en donde se alza la estatua ecuestre de Washington, casi con seguridad en compañía de un foxterrier de pelo duro que atendía por Perky. No me sería muy difícil, con todos estos, detalles, localizarla. En cuanto lo consiguiese, el famoso Tommy Luccino caería en mis manos.

***

El encuentro con Dorothy Carter decidió mi destino, el que hoy me ha llevado a este extremo. Yo no lo sabía. A Dorothy Carter le debo las horas más hermosas de mi vida; a Pamela Luccino, las más amargas y dolorosas. Nos encontramos precisamente en el Parque Common. Llevaba ya tres días en Boston, y todas mis pesquisas tratando de localizar a la chica de Luccino, habían fracasado hasta entonces. Por las tardes me dedicaba a indagar en los inmuebles próximos a la Iglesia de la Trinidad, desde cuyas ventanas se pudiesen divisar las torres del templo. Las mañanas las dedicaba íntegras a pasear por los jardines del Common, junto a la orilla del sur del lago, con la esperanza de tropezarme en cualquier momento con la ansiada pelirroja. A Dorothy Carter ya la vi al día siguiente a mi llegada, cerca del puente que llevaba al otro lado del parque. Era una joven esbelta, de pelo negro, y rostro muy atractivo. Sólo la miré al pasar, pero su imagen se me grabó en la retina. Aquella mañana, una circunstancia fortuita hizo que trabásemos conocimiento. Yo me había sentado en un banco emplazado estratégicamente en una vereda solitaria, desde donde podía dominar toda la glorieta que tanto le había complacido a Pamela. De pronto, de un recodo, surgió Dorothy, que avanzó en compañía de un hombre. Eso creí en principio, pero en seguida me percaté de que no era así. La muchacha daba señales de nerviosismo, y caminaba muy aprisa con el evidente designio de separarse de su acompañante. Éste, que no me había visto, trató de detenerla cogiéndola por un brazo, y entonces la chica se puso roja de ira.

—¡No me toque! —gritó—. ¡Usted no tiene derecho!

Como es lógico, yo me incorporé, y avancé rápidamente hacia ellos.

—Oiga, amigo —le dije al desconocido—. Deje tranquila a la señorita, y lárguese. Molesta.

El individuo, que se sabía en mala posición, balbuceó algo y se marchó apresuradamente. Al verse libre del importuno, los nervios

de la muchacha estallaron, y rompió a llorar. Yo traté de calmarla, y la llevé al banco para que se sentase.

—Perdone, y muchas gracias —me dijo cuando se calmó algo, terminando de secarse las lágrimas—. No sé lo que hubiera pasado si usted no llega a estar aquí.

—¡Caramba! —reí para animarla—. ¿Le dijo ese canalla que la iba a matar?

—No —sonrió—. Es que quería que hablásemos, y yo no lo conocía de nada. Me asustó mucho.

—Pero ahora ya está más tranquila, ¿verdad?

—Sí.

Me devolvió el pañuelo que yo le había prestado y, de pronto, absurdamente, rompió a reír.

No haré literatura. Sólo diré que, en aquel preciso instante, un recuerdo antiguo mordió en mi corazón. Aquella risa me recordó vivamente a mi viejo camarada Sim. Y no es que Sim fuese precisamente un dechado de belleza. Pero la alegría fulgurante de aquellos ojos que ahora me miraban, y no sé qué de indescriptible de los labios que reían, me transportaron a los tiempos lejanos de la guerra, cuando Sim vivía aún y se reía de aquel mismo modo.

—Debe pensar que soy una tonta —me dijo, viendo que yo no despegaba los labios—, pero no he podido remediarlo. Cuando usted le dijo a ese individuo que molestaba, él echó a correr como un conejo, y me dió risa al acordarme.

—Sí. Estos tipos saben que llevan las de perder y por eso son ligeros de piernas —comenté, con seriedad—. Ahora tendrá que disculparme: ¿Tiene usted hermanos, señorita?

—No.

—Quería decir si *tuvo* algún hermano.

—No, no —insistió asombrada—. ¿Por qué?

—Cuando se ríe, me recuerda usted mucho a una persona que yo conocí.

—¿Quién?

Le hablé de Sim. En realidad, aquella mañana hablamos de muchas cosas. Las dos horas que estuvimos juntos, pasaron volando. Durante el tiempo que estuve con ella, mi mente se olvidó por completo de la concreta misión que me había llevado al Parque Common. Cuando nos despedimos, yo le dije mi nombre.

—¿Y el suyo? —indagué, y como la viese vacilar, añadí—: Perdone la indiscreción.

—No lo es. Me llamo Dorothy, Dorothy Carter.

—Yo suelo venir todas las mañanas al parque, Miss Carter.

—Entonces, ya nos veremos —sonrió.

¿Hará falta decir que me enamore locamente de Dorothy? Ella puso nuevo sentido a mi vida, latido a mi corazón. Jamás me sentí hasta entonces enamorado de ninguna mujer con aquella fuerza impulsiva de mis veintiocho años, renacidos milagrosamente al conjuro de su presencia. No voy a extenderme ahora en el elogio de Dorothy. Es verdad que para el enamorado, la amada siempre reúne todas las perfecciones, pero en el caso de Dorothy no creo que mi alta opinión de ella se daba al eterno espejismo del amor. Conmigo se conducía de un modo franco y directo. En un solo extremo era reservada: rehuía hablar de sí misma, de su vida. Yo sólo supe que estaba de paso en Boston, y que pronto se marcharía de la ciudad para reunirse con su familia que, temporalmente, residía en Europa. Yo tampoco fui muy explícito; es más, falseé los hechos, no por malicia, sino por puro hábito de reserva profesional. Le dije que era un agente comercial y que gozaba de unas cortas vacaciones. Dorothy ocupaba un departamento en una residencia para mujeres de la Beacon Street. Todas las mañanas, nos encontrábamos en el parque. Yo creía cumplir con mi obligación dirigiendo de vez en cuando mi mirada a la glorieta, junto al lago. También por las tardes solíamos vernos, y cuando quedaba libre, proseguía mis indagaciones por los edificios cercanos a la Iglesia de la Trinidad, sin que en ninguno me diesen noticias de la chica de Luccino. En otras circunstancias, aquel continuo fracaso me habría llenado de impaciencia, pero entonces lo aceptaba del mejor ánimo. En realidad, lo único que me importaba ya era Dorothy, y Luccino y su hija habían pasado a segundo plano.

Cinco días bastaren para que nuestras relaciones cobrasen todo el aspecto de una cordial amistad. Incluso nos tuteábamos. Yo estaba enamorado de ella. ¿Y Dorothy? La muchacha rehuía, sistemáticamente todas las ocasiones en que la charla podía deslizarse por derroteros más íntimos. Me daba cuenta del hecho, y estaba convencido de que ella no participaba de mis sentimientos. Pero al final, tendría que decírselo. No podría evitarlo. Hasta que sobrevino la catástrofe.

Aquel quinto día dejé a Dorothy a las siete de la tarde en la puerta de la residencia. Cuando me daba la mano, me dijo:

—Mañana iré al parque con un amigo mío, para que te conozca.

—No necesito que lleves a nadie —le respondí—. Contigo me basta.

—Pero es que él tiene mucho interés en conocerte, Dick. Verás cómo te gusta.

—Lo dudo mucho. ¿Quién es?

—Mañana lo sabrás —me respondió evasivamente, con una sonrisa.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, yo esperaba a Dorothy en el sitio acostumbrado, o sea en el banco del paseo, frente a la glorieta, donde nos sentamos juntos por primera vez. Media hora más tarde, Dorothy aún no había llegado, y yo me sentía lleno de impaciencia. Por fin, la divisé. Pero, como siempre, venía sola; el amigo de que me había hablado no se veía por parte alguna. Me vió, y alzó el brazo saludándome de lejos. Después, me señaló algo que corría por el césped. Era un perro, al parecer blanco… ¡Qué idea tan loca estalló de pronto en mi cabeza! El corazón suspendió la marcha, y sentí que me ponía pálido. No podía ser. Ahora, el perro estaba frente a mí. Lo veía muy bien. Se trataba, en efecto, de un foxterrier de pelo duro, manchado de canela, con el resto de la piel blanca.

—«¡Perky!» «¡Perky!» —oí decir—. Este es Dick. ¡Salúdale!

El perro se puso a ladrar frente a mí, saltando sobre sus patas. Yo no había podido alzarme del banco y lo miraba, como fascinado, con la cabeza baja. De pronto, Dorothy debió percatarse de que algo muy extraño me pasaba, porque se sentó junto a mí.

—¡Dick! ¡Dick! ¿Qué te ocurre?

—Nada —repuse tontamente.

—¡Pero, Dios mío, si tienes una cara…!

—Creo que me ha dado un mareo. No te asustes.

En aquel instante leí en el rostro de la muchacha, de un modo clarísimo, algo que el día anterior me hubiese llenado de felicidad, y que ahora sólo servía para incrementar mi angustia. Ella también me quería. Me lo decían sus labios que temblaban, y la mirada de sus ojos preñados de lágrimas.

—Dick, ¿te sientes mejor? ¿Llamo a alguien?

Yo denegué con la cabeza, y traté de recobrar la serenidad. El perro había apoyado sus patas delanteras en el banco, y le acaricie la cabeza.

—Este es tu amigo «Perky», ¿verdad? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo estás ahora?

—Mucho mejor.

Durante unos segundos nos miramos en silencio a los ojos.

—¿Tú me quieres?

—Sí, Dick.

La besé. Era Pamela. Aquellos labios que yo besaba eran los de Pamela, y el cuello de piel blanca, y el pelo que acariciaba mi

mano, bastante más corto de como lo solía llevar en el colegio de Utica, y teñido de negro… pero de Pamela, la chica de Tommy Luccino, el hombre a quien yo debía apresar. Lo dijo ella misma, cuando la tenía en mis brazos:

—Llámame Pamela, Dick. No sabría explicártelo, pero me gustaría que me llamases Pamela.

—¡Pamela!

No puedo precisar mis recuerdos de aquellos momentos. Un mundo de sensaciones contradictorias y agudísimas me lo impide. Me remitiré a los hechos escuetos, lo más fríamente posible.

Aquella mañana sólo permanecimos juntos una hora escasa. Me sentía profundamente trastornado, aunque hacía esfuerzos sobrehumanos para disimularlo. Le dije que tenía que hacer no sé qué urgentemente, y que más tarde nos veríamos. Como es lógico, después de lo ocurrido, Pamela se sentía muy desconcertada. No comprendía que en aquella ocasión, habiéndome dicho por primera vez que me quería y sintiéndome yo —como le había asegurado— profundamente enamorado de ella, tuviese prisas de ninguna clase. Receló con muy buen criterio que algo muy grave me debía ocurrir.

—¿Que es, Dick? Dímelo.

—Esta tarde —le prometí desesperado—, esta tarde hablaremos, pero ahora tengo que irme; no tengo más remedio…

—Sí, Dick. Esta tarde me lo contarás, ¿verdad? Yo también tengo que decirte algo. Si vieras lo asustada que estoy. Pero tú me quieres, ¿no es cierto?

—Sí, amor mío, pero vámonos, vámonos…

La acompañé hasta la misma puerta de la residencia de Beacon Street. Desapareció la muchacha y di la vuelta, inmovilizándome por breves segundos. Entonces fue cuando, a pesar de mi desconcierto, al dirigir la mirada a la otra acera, me percaté de la presencia de un individuo a quien reconocí inmediatamente por haberlo visto días atrás en dos ocasiones, mientras Pamela y yo conversábamos en el parque. Las dos veces había cruzado frente a nosotros como un paseante solitario, sin que yo hubiese sospechado lo más mínimo. Pero, ahora la coincidencia me sobresaltó. Al fijar mis ojos en él, estaba parado en la acera de en frente; en aquel momento, dándose cuenta de que yo lo miraba, se hacía el distraído y emprendía lentamente la marcha hasta confundirse con los restantes transeúntes.

Lo que aquella mañana acababa de averiguar y la conducta del personaje, me hizo concebir la idea de que, sin yo saberlo, ya hacía días que me seguían los pasos. ¿Y quién podía ser aquel sujeto, sino

uno de los hombres de Luccino? El problema me parecía bastante claro. Pamela debía saber cuáles eran las actividades de su padre, quién era éste, en realidad. Cuando menos, Tommy debió ponerla en antecedentes de todo a su llegada a Boston. Entonces fué cuando la muchacha accedió a cortarse el pelo y teñírselo de negro, quedando alojada en aquella residencia de mujeres con el nombre de Dorothy Carter, mientras Luccino, desde otro escondrijo, arreglaba lo necesario para marchar cuanto antes con su hija a Europa. Ahora bien, Luccino, que de algún modo estaría en contacto con ella, debió enterarse de mi amistad con la chica, y dispuso que uno de sus muchachos me vigilase; para tratar de averiguar quién era yo, y lo que me proponía.

No creía que hubiesen podido enterarse de mi auténtica personalidad. De todas formas, como se comprender, la imprevista derivación era lo que menos me preocupaba en aquellos momentos en que mi espíritu se veía sometido a una insufrible tensión. Sin yo haberlo buscado, por una fatalidad, el Destino me había llevado a una espantosa encrucijada. ¿Qué podía hacer? ¿Poner sordina a mi corazón y seguir la ruta que me marcaba el deber, sacrificando despiadadamente lo que me era más amado, o convertirme en traidor, en cómplice de un hombre perseguido por la Justicia cuando, precisamente, éste había delegado en mi su representación?

No me decidía por ninguna de estas dos soluciones, y mi cerebro se esforzaba insensatamente por hallar una tercera, sin querer comprender el terrible dilema que no admitía otra salida.

Aquellas cuatro horas, hasta que sonó el teléfono, las pasé encerrado en el cuarto que, desde mi llegada, había alquilado en una *boarding house* de Berkeley Street. No conseguía concretar mi futura conducta, y me desesperaba pensando que dentro de muy poco, a las cinco de aquella misma tarde, tendría que entrevistarme nuevamente con Pamela —así lo habíamos acordado— y abordar una situación para la que ninguno estada preparado.

De pronto, como decía, me llamaron al teléfono, y salí al pasillo. Era Pamela.

—¡Oh, Dick! —la oí decir—. ¡Qué alegría encontrarte! Creí que no lo iba a conseguir.

—Acabo de llegar —respondí—. ¿Pasa algo?

—No, no. Sólo que no vengas a buscarme a las cinco. Dentro de media hora tengo que salir de aquí para un asunto bastante urgente y no creo que a las cinco esté de vuelta. ¿Quieres pasarte a las seis?

—Claro. ¿A dónde tienes que ir?

—Ya te lo diré. Recuerda que tú también…

—Sí, sí —la interrumpí—. Entonces, hasta luego.

Colgué bruscamente el auricular y permanecí inmóvil. Era indudable que por la mañana, Pamela no tenía nada urgente que hacer. Y de pronto… Me acordé del hombre que me miraba desde la acera frente a la residencia de mujeres, y una idea súbita me acudió al cerebro: aquel individuo que nos vigilaba había dado la señal de peligro y, ahora, Luccino llamaba a su chica. Tal vez ya no la dejaría volver a la Residencia, tal vez…

Consulté el reloj. Eran las cuatro en punto. Ella había dicho que dentro de media hora saldría de la Residencia. No podía perder el tiempo. Corrí a mi cuarto para coger la chaqueta y salí a la calle.

Quince minutos más tarde descendía de un «taxi» en Beacon Street. Anduve por la acera, tratando inútilmente de localizar al sujeto de la mañana. Después me metí en un bar y pedí una cerveza. Desde allí, mi mirada se clavaba en la puerta de la Residencia. Por fin, minutos después de las cuatro y media, vi a Pamela que salía del portal. Detuvo a un «taxi» y subió a él. Me faltó tiempo para salir a la calle y coger otro.

—¡Siga a ese coche! —le ordené al chófer.

El «taxi» enfiló la Avenida Columbus. Nosotros rodábamos a unas treinta yardas de distancia. Al llegar a la altura de Charles Street, el coche de Pamela viró a la izquierda y traspasó la gran verja que, por el este, da paso al Parque Common, penetrando en el amplío paseo de carruajes, en donde se detuvo al llegar a su mitad.

—Siga y deténgase a alguna distancia delante de él —le indiqué al chófer.

Cuando cruzamos, Pamela pagaba el importe del recorrido. Eché pie a tierra. La muchacha se alejaba del paso de carruajes. La seguí a una distancia prudencial. Caminaba aprisa y sin el menor recelo, porque ni una sola vez volvió la cabeza. Aquella parte del parque era la menos concurrida, sobre todo a aquellas horas en que el frío ya se hacía sentir. Predominaba el arbolado, y las calles enarenadas eran estrechas y tortuosas. La vi desaparecer por una corta derivación que descendía a una especie de hondonada. Yo seguí por la senda más amplia que la bordeaba, con la convicción de que la vería salir por el otro extremo. No fué así. Entonces avancé por el césped, a través de los árboles, unos abetos enanos, cuyo ramaje me ocultaba perfectamente. La vi. Estaba en una especie de plazoleta que había al final de la depresión, sentada en un banco. Nadie más se veía por allí. Me dediqué a observarla. Esperaba indudablemente a alguien, porque por dos veces consultó el reloj. Después se puso en pie —sin duda tenía frío— y se dedicó a dar cortos paseos.

Finalmente, volvió a sentarse. En aquel instante percibí con claridad el rumor de unos pasos sobre la arena. Desvié la mirada hacia la izquierda. Un hombre asomaba por el otro extremo, y ahora descendía por la vereda. Era un individuo menudo, vestido de obscuro, con un sombrero gris cuya ala le tapaba el rostro. El corazón me latía con violencia. Tenía la casi seguridad de que se trataba de Tommy Luccino. Pamela se incorporó. Y, entonces, de súbito, ocurrió lo imprevisto, algo trágico que ni había sospechado ni pude evitar. Durante unos segundos alucinantes los hechos se desarrollaron con inusitada celeridad.

Como decía, Pamela se había puesto en pie y, sin moverse, miraba en dirección al hombre, que descendía sosegadamente por el sendero. De pronto, un tercer personaje surgió inopinadamente de un seto al borde del camino, y le cerró el paso, mientras que, por lo visto, le decía algo. La reacción del sorprendido fué inmediata, veloz como el rayo. Hizo un rapidísimo esguince con el cuerpo, y sonó una detonación. El individuo que saliera del seto iba al parecer armado, y había disparado sin conseguir alcanzar a su enemigo. Éste, que ya tenía su pistola en la mano, disparó ahora, a su vez, y el contrincante cayó a tierra. Pero dos nuevos individuos armados irrumpieron en escena. Avanzaron corriendo desde el seto, y se parapetaron al amparo de unos árboles.

—Entrégate, Luccino! —voceo uno de ellos—. ¡Estás copado!

Por toda respuesta, Tommy descargó por dos veces su pistola y echó a correr por el césped, intentando ganar los próximos árboles, cerca de donde yo me escondía. No le dió tiempo. Los dos sujetos dispararon repetidamente sus armas. Uno de los proyectiles le alcanzó. Dió un traspiés y siguió avanzando, pero una segunda bala detuvo su marcha en seco. Giró sobre los talones, y se desplomó de bruces sobre la hierba.

Durante los escasos segundos que tardó en ocurrir todo lo descrito, no pude moverme de mi sitio ni decidirme a actuar. Me sentía preso del más profundo desconcierto, y sólo sabía abrir los ojos ante el dramático espectáculo que se representaba. Recuerdo que lo primero que me volvió a la realidad fueron los gritos de Pamela. En aquellos momentos era tal mi ofuscación, que, cuando al fin reaccioné y salí corriendo del lugar en donde me escondía, llevaba la *Luger* en la mano.

—¿Quiénes diablos son ustedes? ¿Por qué…?

—¡Se le saluda, McLaren! Disculpe que nos hayamos adelantado.

Abría la boca de pasmo. El que me hablaba era el sujeto a quien, por la mañana, había sorprendido frente a la residencia, el mismo

paseante del Parque Common a quien yo identifiqué con uno de los muchachos de Luccino. Y ahora resultaba…

—Somos del Departamento de Policía de Boston —continuó, viendo que yo no daba señales de reaccionar—. Sabíamos que usted estaba sobre la pista de Luccino, y nos dedicamos a seguirle los pasos. ¡Buen trabajo McLaren! Ya nos chocó verle hacer el donjuán. Supusimos, como es lógico, que la chica de quien usted fingía estar enamorado constituía la clave para dar con Luccino, y ya no la perdimos de vista. Cuando hace poco le vimos llegar a donde se hospeda la muchacha, sospechamos que por fin iba a ocurrir algo, y así ha sido, en efecto. ¡Lástima de que las cosas hayan llegado a este extremo! Las órdenes eran apresarlo vivo, pero ya lo habrá visto: Luccino no ha querido entregarse, y ha agujereado el pellejo a Duke.

Oía, me daba cuenta de la situación, pero yo era un McLaren mecánico, sin la menor personalidad. Había otro McLaren, lleno de angustia y desesperación, que sólo sabía prestar oídos a los desgarradores gemidos que profería Pamela, abrazada al cuello del padre muerto.

—¡Papá! ¡papá!…

Vinieron otros dos hombres. Según dijeron, el sargento Duke tenía un balazo en un hombro. Pronto llegaría la ambulancia. Conversaron conmigo; mejor dicho, ellos hablaban, y yo fingía escucharles. Al parecer, ignoraban por completo el parentesco que unía a Pamela con el muerto, y quedarían asombrados al saberlo. Cuando llegó el coche, trasladaron al herido. Después, uno de aquellos hombres se dirigió a Pamela.

—Bueno, muchacha —le dijo, poniéndole la mano en el hombro —, levántate ya. Tenemos que marcharnos, y hay que llevarlo a la ambulancia.

—¡No me toque! ¡Déjeme! —gritó, y volvió a abrazarse al muerto.

—¡Pamela! —llamé yo, entonces.

Se incorporó rapidísima, quedando sentada junto al cadáver, y fijó en mí sus ojos muy abiertos, con el rostro intensamente pálido. Intenté avanzar hacia ella y, entonces, la muchacha retrocedió espantada, arrastrándose nerviosamente con ayuda de los brazos, mientras me gritaba:

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

—Pamela, escúchame…

—¡No te acerques a mí!… ¿Quién es este hombre? ¿Quién es este hombre?

Ahora interpretaba con tono descompuesto a los restantes personajes, que asistían sin mucho regocijo a la escena.

—¡Cálmate, muchacha! —le dijo uno de ellos—. Los representantes de la autoridad tenemos a veces necesidad de hacernos pasar por quienes no somos. Al agente McLaren le habían encargado de un servicio y…

—No es eso. Pamela. Yo…

—¡No se acerque usted a mí!… ¡Asesino!… ¡Canalla!…

***

¡Cómo resuenan todavía en mis oídos las palabras, los gritos de aquella muchacha que creía ver en mí al despreciable sujeto que, fingiéndole amor, había llevado a su padre a la muerte! En realidad, no le faltaba razón. Es verdad que yo no fingí quererla, que la amaba de veras, y que la tragedia se planteó sin yo saber nada, contra mi voluntad. Pero también es cierto, que fui yo, que fué mi inconsciente actuación en el asunto, la que brindó a la policía de Boston la ocasión de acabar con la vida de Tommy Luccino. Interviniese o no la fatalidad, yo fui el principal culpable de la muerte de su padre. Esta convicción y la viva oposición de Pamela a entrevistarse conmigo a mirarme a la cara siquiera acabaron con mis últimas resistencias.



—¡Se le saluda, McLaren! ¡Disculpe que nos hayamos adelantado!

Cuando regresé a Washington, me sentía un hombre completamente acabado, y aquel mismo día presenté la renuncia de mi cargo.

—¿Pero se ha vuelto usted loco? —me preguntó Tolson—. Precisamente ahora, cuando…

—Precisamente ahora, señor. ¡No me gusta el trabajo!

—Oiga, McLaren —me dijo Tolson, mirándome con atención—: nunca se lo he dicho hasta hoy, pero yo a usted le aprecio bastante.

¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué mosca le ha picado?

—Ninguna. Sólo que ya estoy, harto de trabajar aquí.

—¿Quiere decir que piensa hacerlo en otro sitio?

—Quizá —admití, agarrándome al cable que me tendía para que no me marease con más preguntas.

—¡Ah, vamos! ¡Ya comprendo! —exclamó, considerándome con súbita ironía—. Alguna agencia, ¿verdad?

—Sí.

—¡Muy bien!… Yo creí que a usted le interesaba más servir a su patria, que ganar dinero en asuntos no siempre muy limpios. Lamento haberme equivocado… ¡Que tenga suerte, McLaren!

—Gracias, señor.

Me vine a Nueva York. No me faltaron ofertas. Se me conocía bastante, y a los dirigentes de las principales agencias de investigación les constaba que yo sabía muy bien el oficio. Pero no quise atarme a nadie que me pudiese obligar en lo sucesivo a actuar contra mi voluntad, y me excusé diciendo que pensaba establecerme por mi cuenta.

En realidad los dos primeros meses los pasé vagabundeando, y cuando al fin me decidí a abrir el sucio despacho que ahora tengo en la calle 12, mi capital se reducía a unos treinta dólares. Desde entonces, no creo haber servido a más de dos o tres clientes particulares. La mayoría pasan antes por «Pinkerton» o «Mackar's», pero yo gozo de la libertad de atenderlos o de enviarles con viento fresco. Depende. Y no, precisamente, de la limpieza o suciedad de lo que se me encomienda —en este sentido, ya no soy muy escrupuloso—, sino del estado de mi erario particular. Si tengo dinero, no me interesa la proposición, por honorable y humanitaria que sea. Eso sí, cuando me encuentro sin un centavo me aplico al trabajo, aunque éste consista en buscar pruebas falsas que demuestren la infidelidad de una esposa honrada. Ya he dicho que soy un hombre acabado, sin moral ninguna. Por algo mis antiguos compañeros del F. B. I. me llaman Dick «el renegado». Me da igual. Y si me gusta beber, a nadie le importa. Me gasto mi dinero.

De Pamela ya hace muchos meses que no sé una palabra. A la pobre muchacha la estuvieron mareando durante bastantes días, a raíz de la muerte de su padre. Se sospechaba que Luccino había sido el autor del asalto a la «Zickel Co» y el probable promotor del golpe anterior a «McCrery», y como las valiosas piedras siguiesen sin aparecer —en el escondrijo de Tommy, en Boston, no se encontró el menor rastro de ellas—, se supuso que la hija podría saber muy bien dónde las había ocultado el padre, o a quién se las había entregado.

Con tal motivo, la policía no la soltó durante lo menos tres semanas, hasta, por lo visto, convencerse de que la chica estaba completamente al margen del asunto.

Por aquellas fechas, la Prensa hizo su agosto prodigando fotografías de «la chica de Tommy Luccino», e insertado las informaciones que sobre ella podían apetecer los lectores. Pamela no rehuyó a los reporteros. Con una fidelidad conmovedora, salió en defensa del padre muerto, dando a entender con claridad que no se avergonzaba de ser su hija, al contrario, que estaba orgullosísima de ello.

Todo pasa. Hoy nadie se acuerda ya de Tommy Luccino y de su chica. Pronto hará un año que mataron a Luccino, y que Pamela desapareció sin dejar rastro en cuanto la policía cesó de molestarla. Incluso los interesados se han olvidado ya de los setecientos mil dólares en que se tasaron las piedras y alhajas que les fueron robadas a «McCrery» y a la «Zickel Co», dándolos por definitivamente perdidos. Otros temas son hoy los que acaparan el interés de las gentes, los que los periódicos comentan y destacan en sus titulares. Sólo yo me aferró desesperadamente al pasado; pero no soy Richard McLaren. Richard McLaren murió cuando mataron a Luccino, cuando… Ahora me llaman Dick «el renegado», un tipo de quien nada puede esperarse ya.

SEGUNDA PARTE

I

En el lujoso despacho, parapetado tras su amplia mesa, estaba el conocido abogado Freddy Roland. De pie, junto al mueble, Larry Hawkins, uno de sus pasantes, se hacía cargo de un documento, y escuchaba con atención las palabras de su jefe. Por último, de espaldas al amplio ventanal, se veía a Miss Tupper, la secretaria, que en aquel momento despachaba la correspondencia.

—¿Lo ha comprendido, Larry?

—Sí, Mister Roland.

Salió el pasante, y Freddy se retrepó en el sillón, suspirando. Después, se dirigió a la secretaria.

—Miss Tupper; ¿quiere llamar a la agencia «Mackar's»? Pregunte por Mister Chandler.

La secretaria abandonó la tarea y avanzó hasta la mesa de su jefe, donde estaba el teléfono. Marcó su número, y, después de un breve cambio de palabras, alargó el auricular al abogado, que se había quedado absorto en sus pensamientos.

—Mister Chandler aguarda.

—¡Ah!… ¡Traiga!… ¿Mister Chandler?… Le habla Roland… Sí, sí, muy bien… Oiga: me interesaría que esta misma tarde me enviasen al despacho al agente que hará unos meses me proporcionaron ustedes para cierto asunto; un tal McLaren, si mal no recuerdo… Sí, ya sé que no trabaja fijo ahí, pero en aquella ocasión ustedes me lo enviaron… Sí, sí, algo parecido… ¡Tonterías! Díganle que le pagaré bien, y ustedes pasen la nota cuando les parezca… ¡Perfectamente! ¡Buenos días!

Colgó el auricular y se dedicó a la tarea. A la media hora pidió el coche, para encaminarse a da Audiencia de Long Island City.

—Volveré esta tarde sobre las cuatro —dijo a su secretaria—. Si se presenta un tal McLaren, le dice que me aguarde.

Miss Tupper no tuvo necesidad de transmitir el recado, porque a las cuatro y cuarto, cuando su jefe volvió a hacer acto de presencia, ningún McLaren había dado señales, de vida.

—¿No ha venido ese hombre?

—No, Mister Roland. Hará una media hora le telefonearon de

«Mackar's». Me dijeron que les avisase usted cuando viniese.

—Veamos qué demonios pasa.

El abogado habló de nuevo con Mister Chandler, y éste le transmitió la respuesta que había dado el agente: por entonces no quería hacerse cargo de ningún asunto.

—Bueno, pero eso es absurdo. ¿Le han dicho que era yo quien lo llamaba? La última vez le pagué muy bien.

—No se trata de eso, Mister Roland. Por lo visto tiene dinero, y hasta que no termine de bebérselo, no habrá quien lo arranque. Ese Dick es un tipo muy estrafalario.

—Oiga: ¿podría yo entrevistarme con él? Tal vez consiguiera convencerle.

—Lo dudo mucho. De todas formas, le daré la dirección. Ahora está en su oficina. Acabo de hablar por última vez con él. Apunte: Calle 12, 304, East, planta 77, despacho 29.

El abogado anotó las señas, y se despidió de su comunicante. Seguidamente volvió a pedir el coche y salió sin decir cuándo regresaría.

***

Sobre el cristal esmerilado colgaba un cartelito rectangular: «CERRADO», y desde dentro no se filtraba el menor rayo de luz. Pero el conserje le había asegurado que McLaren tenía que estar en su despacho, porque había entrado en el edificio sin volver a salir.

Volvió a golpear con los nudillos y, por fin, percibió la tos de alguien que estaba dentro.

—¿Quién diablos llama?

—¡Abra, McLaren, haga el favor!

Un nuevo rumor, seguido del ruido de una silla al caer, precedió al chirrido de la persiana que se alzaba dejando entrar la luz que se reflejó en el cristal de la puerta. Segundos después, un hombre tranqueaba la entrada.

—¡Ah! ¿es usted, Roland?

—Ya lo ve. ¿Puedo entrar?

—Sí, sí; pase. Estaba casi dormido.

En la cerrada estancia reinaba evidente abandono y desorden. Un mugriento sofá almohadones mostraba las recientes huellas del durmiente. El suelo aparecía lleno de papeles rotos, y sobre la mesa, cubierta de polvo, solo se veía una botella mediada y un vaso.

Después de ponerse la chaqueta, McLaren alzó la silla que se había caído, para que se sentase el visitante, se echó un trago, y se

acomodó en el borde de la mesa.

—¿Le han llamado de «Mackar's»?

—Si, lo menos tres veces. Supongo que ya se lo habrán dicho. En esta ocasión no cuente conmigo, Roland. A su aventurera de turno no le sorprenderá esta vez nadie en brazos del infeliz galán que le jura casarse con ella.

—Ahora no se trata de eso, McLaren. Además, creo que le pagué bien.

—Eso es igual. Cuando me hice cargo de aquella porquería, me hubiese conformado con medio dólar. Pero, ahora, no me interesa su dinero. De modo…

—A mí tampoco me gustan ciertos asuntos, pero, como usted sabe muy bien, para prosperar en mi carrera hay que servir con toda fidelidad al cliente, sea éste quien sea, aun a costa de que algún inocente salga perjudicado. La vida es así, McLaren. Pero, le repito que esto de hoy es algo muy distinto.

—Es inútil que insista. En estos momentos, no movería un dedo ni para salvar la vida de un niño.

—Le advierto que le pagaría bien.

McLaren se limitó a denegar con la cabeza, sin quitar sus ojos del visitantes. Después, le dijo:

—Búsquese a otro. Los encontrará a montones.

—Ya lo sé, pero usted me merece más confianza. Además, usted la conoció.

—¿A quién?

—A la hija de un hombre que mataron en Boston.

—¡Oiga, Ronald! —gritó McLaren, preso de súbita alteración, bajando de la mesa—. ¿Qué diablos trama usted? ¡Hable claro!

—No tengo inconveniente, siempre que usted se haga cargo del asunto.

—Ya le he dicho que no. Pero usted me va a explicar ahora…

—¡No desbarre! Yo no le explicaré nada si se niega a trabajar para mí. Son cosas privadas que no tengo por qué referirle a título gratuito, y usted lo sabe bien.

Su interlocutor guardó un hosco silencio. Parecía meditar. Al fin, le dijo:

—Contésteme sólo a una pregunta. Si su respuesta es afirmativa, acepto. ¿Aludía a la chica de Tommy Luccino?

—A esa misma.

—Ya puede hablar, Roland —le dijo McLaren volviendo a sentarse en la mesa.

—Me alegro de que así sea. Verá usted… Se trata de encontrar a

esa muchacha. No creo que sea muy difícil. Pero yo no quiero que la gente sepa que me intereso por ella. Al parecer, nadie sabe dónde se fué a vivir después de que la policía la dejó tranquila. Usted no repare en gastos. Por lo pronto, le dejaré trescientos dólares.

—¿Y eso es todo?

—Sí. Como verá, el trabajo no es difícil.

—No me entiende, Roland. Quiero saber para qué desea localizar a la chica de Luccino. Y, ahora, tengo derecho a que me lo diga.

—No creo —sonrió el abogado—, pero, en fin, usted me merece plena confianza —precisamente por eso le he buscado— y se lo voy a decir… No sé si sabrá que yo era el abogado de Tommy Luccino, quien, como todos mis clientes, confiaba ciegamente en mí. Días antes de desaparecer de Nueva York, vino a verme. Me entregó una cantidad de dinero, sin que yo le diese el menor recibo. Tom sabía que conmigo eso no hacía falta. Me habló de su hija. Aquel dinero quedaría en mi poder, mientras él no me lo reclamase, por si algo irreparable le sucedía. En este caso, el depósito debería entregárselo a su chica en mensualidades de trescientos dólares hasta agotarlo. ¿Ha comprendido?… Luccino no quería dejar desamparada a su chica si él moría y todo se lo llevaba el diablo, como así ha sido. Yo esperaba que la muchacha, advertida por el padre, se pusiese en contacto conmigo para reclamar lo que le pertenece, pero no ha sido así. Luccino no debió decirle nada. Por lo visto, no esperaba que lo matasen en Boston. Ahora, ya ha pasado un año, tengo la seguridad de que la muchacha no vendrá a buscarme, y por eso le comisiono a usted para que me la localice. ¿Está satisfecho?

—A medias —repuso McLaren, clavando sus ojos severos en el visitante, que se echó a reír.

—¡Ya comprendo! —exclamó el abogado—. No se explica que pudiendo quedarme bonitamente con ese dinero, me desprenda de él como un simple, ¿verdad? Pues es bien fácil. En primer lugar, como le he dicho, esa cantidad no me pertenece, y lo lógico es que intente restituirla a quien legítimamente le corresponde, y, en segundo lugar, no olvide que los abogados como yo, si hemos prosperado, ha sido gracias a nuestra honradez en defensa de los intereses que se nos confían, aunque luego seamos capaces de hacerle una granujada al primer extraño que se presente. ¿Lo entiende, por fin?

—No me refería a eso, sino a que no hace falta tanta reserva para indagar dónde está una muchacha a fin de hacerle entrega de una cantidad que le pertenece

—No le creía tan ingenuo —sonrió Freddy Roland—. ¿Se ha olvidado ya de que cuando mataron a Luccino, la Banca Poodle reclamó treinta mil dólares de indemnización por haberse probado que el muerto fué el autor del golpe a su sucursal de Rochester? La Poodle no ha podido cobrar un solo centavo, pero, ¿qué pasaría si se supiese que yo tengo en depósito una cantidad del difunto demandado? ¿No se lo supone?

—Sí, que arramblarían con ella. Pero usted no tiene necesidad de declararlo. Oficialmente, ese dinero es suyo, y se lo da a la hija de Luccino porque le da la gana.

—Muy bien. ¿Y quién se creería ese cuento? Ya sé que legalmente nada me puede pasar obrando como usted indica, pero yo tengo un despacho de abogado y los de la Poodle, como todo el mundo no se tragarían la fábula del que yo asignase graciosamente una mensualidad a la chica de Luccino; sospecharían la verdad, y me mirarían con malos ojos. Y a mí, profesionalmente, eso no me interesa. ¿Lo entiende?

—¡Ya! Usted quiere que el asunto quede entre nosotros dos.

—Exactamente, McLaren. Usted me localiza a la muchacha, y me la trae a Nueva York. Yo me entrevistaré en secreto con ella, y arreglaremos el negocio de modo que…

—¡Permítame! —atajó McLaren—. Yo sólo me comprometo a averiguar dónde reside actualmente. Lo demás queda a su cargo.

—¿Por qué? —se extrañó el visitante.

—Me niego a contestar.

—Está bien, aunque maldito si lo entiendo. De todas formas, lo importante es saber dónde reside. Aquí tiene los trescientos dólares —contó los billetes, y los dispuso sobre la mesa—. Cuando termine su misión, me entrega la lista de gastos para abonársela, y, entonces, le daré trescientos más. ¿Le parece bien?

—Sí. Pero, dígame: este dinero lo descontará usted de la cantidad que le entregó Luccino, ¿verdad?

—No. Los gastos corren de mi cuenta. Del dinero que me dejó Tommy para su chica, no quiero descontar un solo centavo.

—¡Está bien, Ronald! —le sonrió McLaren, guardándose los billetes—. Confieso que tenía otra opinión de ustedes.

—Mala por lo visto.

—Disculpe. ¿Cuánto le dejó Luccino a la muchacha?

—Veinticinco mil. Pero, como prometí, yo sólo le entregaré trescientos mensuales. Tiene para vivir con desahogo unos cuantos años hasta que se abra camino. Y, ahora, me voy —declaró, incorporándose—. Este despacho suyo apesta a demonios. Creo que

ya estoy medio borracho.

—Otro día que vuelva, lo regaré con esencia de violetas. ¡Hasta la vista, Ronald! Ya tendrá noticias mías.

Acompañó al visitante hasta la puerta, y volvió sobre sus pasos, inmovilizándose en el centro de la estancia. De pronto, avanzó hacia la mesa para coger el vaso, cuyo escaso contenido vertió en el suelo. Finalmente, alzó el cristal de la ventana para que entrase el aire frío de la calle.

***

Desde un principio, McLaren supo orientar debidamente sus pasos y no sufrió el menor despiste. Una misma línea de indagación le llevó hasta el ansiado objetivo.

Al día siguiente de salir de Nueva York, ya pisaba el andén de la estación de Utica. Dejó su pequeña maleta en la consigna, y subió a un «taxi» que, en quince minutos, lo trasladó al pensionado en donde Pamela había vivida durante dieciséis años. Habló de nuevo con Mistress Higgins. La directora ignoraba por completo el paradero de la muchacha. Desde que marchara con su padre, no había vuelto a tener la menor noticia de ella. Estaba informada de lo ocurrido, eso sí, por lo que publicaron los periódicos, pero, particularmente, nada sabía ya de Pamela.

—¿Y aquella señorita con quien hablé yo la otra vez?

—¿Se refiere a Miss Kane?

—Sí.

—Tiene usted razón; si Pamela se ha acordado de alguna de sus antiguas condiscípulas habrá sido, sin duda de Miss Kane. Las dos se querían mucho. La lástima es que Miss Kane ya no es alumna del colegio. Ahora vive con su familia en Pittsburg.

—Pero, tendrá sus señas, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

El viaje a Pittsburg le hizo perder casi todo un día. Cuando arribó a la populosa ciudad de Pensylvania aún no eran las ocho de la mañana. Tomó un cuarto en el Griswold y, a las once, después de informarse convenientemente, se dirigió al domicilio de los Kane, conocidos industriales de la localidad que residían en un espacioso chalet de la Avenida Bedford.

La muchacha reconoció inmediatamente a McLaren, a quien, por cierto, acogió de un modo muy poco cordial, detalle éste que el visitante juzgó sintomático. Le dijo lo mismo que Mistress Higgins; que no sabía nada de Pamela. Desde que recibiera aquellas dos

cartas suyas de Boston, había perdido todo contacto con ella.

—¿No sabe, entonces, lo que le ocurrió a su amiga?

—Sí, lo sé muy bien —le replicó la muchacha, mirándole coa las cejas fruncidas—. Lo leí en los periódicos. ¿Algo más? —preguntóle desabridamente.

—Bastante más, señorita. Usted sabe dónde está Pamela, y tiene que decírmelo.

—¡Eso es absurdo! Le repito que no sé una palabra de ella.

—¿Niega que habló con Pamela después de lo ocurrido?

—¡Sí, lo niego! —exclamó sofocada.

—Entonces, ¿por qué se conduce así?

—¿Así? ¿Que quiere usted decir?

—Cuando hablé por primera vez con usted en el colegio de Utica, su conducta conmigo no fué ni por asomo la de ahora. Esto demuestra que después de todo lo sucedido, usted vió a Pamela, y que ésta le habló de mí,

—¿De usted? ¡No diga tonterías! Yo le he dicho cuanto sé, y no creo que tenga derecho…

—Ninguno, señorita. Sólo es un favor que le pido. Tiene que creerme: al menos por Pamela, a quien me consta que usted aprecia bastante. Yo la busco ahora por algo que a ella le interesa muchísimo, y usted debe decirme dónde está. Comprendo sus recelos. Pamela le informó de mi conducta. Ella fué sincera, pero no veraz. No podía serlo. Ella ignoraba en realidad lo que entonces ocurrió: una serie de circunstancias fatales que me llevaron a representar el papel de un hombre que le fingió amor para que su padre cayese en mis redes. Y no fué así. Yo la amaba de veras, y si es cierto que fui el causante inconsciente de la muerte de su padre, ésta ocurrió contra mi voluntad. ¡Tiene que creerme, señorita! Usted no sabe lo que ahora significa para mí poder hacer algo por Pamela. Yo…

Mucho tiempo hacía que McLaren guardaba en su pecho aquella confesión que, en aquel momento, inconsciente, contra su voluntad, brotaba de sus labios como un torrente incontenible.

La muchacha, sorprendida e impresionada, miraba en silencio al hombre, sentado frente a ella, que hablaba como si se dirigiese a sí mismo, con la cabeza baja, sin mirarla.

Cuando terminó, hubo una larga pausa que, al fin, se decidió a romper Miss Kane:

—¿Qué pretende usted, ahora?

—Nada. Sólo lo que ya le he dicho, que Pamela entre en posesión de esa cantidad mensual que le dejó su padre. El

depositario sólo espera saber sus señas, y yo me comprometí a proporcionárselas.

—Voy a confiar en usted, señor. Si me engaña, que Dios le perdone… Pamela vive ahora en Wheeling, un pueblo de aquí cerca, bajo el nombre de Martha Brown. Cuando ocurrió aquella desgracia, mi padre y yo fuimos a Boston, y nos hicimos cargo de ella. Conseguimos traerla aquí, para tenerla hasta que pudiese encontrar el modo de desenvolverse. Esa fué la excusa. En realidad, a mí me hubiese gustado que se hubiera quedado a vivir con nosotros. Pero Pamela, por un orgullo comprensible, se opuso. Todo se solucionó al saber que una acomodada familia de Wheeling buscaba institutriz para sus dos niños. Mi padre lo arregló todo. Ahora vive en cierto modo tranquila, y nadie sabe en Wheeling quién fué su padre, ¿comprende? Todos los Kenington la quieren decididamente. Es más, le diré que uno de ellos, sobrino del dueño de la casa, está enamorado de ella. Es un magnífico partido, y estoy segura de que no renunciará a casarse con Pamela cuando ella se decida a contarle su historia. Le digo esto último para que, si como dice la aprecia se veras, sepa cuál es su deber.

—Descuide. No lo olvidaré.

Aquella misma tarde, Richard McLaren partía para Wheeling, en donde esperaba alcanzar el expreso procedente de Cincinnati. Un «taxi» lo llevó, a través de toda la población, desde la parada del autobús hasta la estación del ferrocarril.

—¿Conoce usted a los Kenington? —le preguntó al chofer.

—¿Quién no? —respondió el hombre—. Todas esas fábricas de calzado que usted ve, son suyas, y viven en una casa a orillas del Ohio que es un verdadero palacio.

—Yo conozco a una muchacha que creo que trabaja con ellos. Se llama Marta Brown.

—¿La pelirroja?… ¡Enhorabuena! Aquí hay más de cuatro que se dejarían matar si esa chica se decidiese a guiñarles el ojo. Pero ella pica muy alto. Eso dicen.

Media hora después, cumplida su misión, McLaren ascendía al tren que le reintegraría a Nueva York.

II

Hasta veinticinco días más tarde, fecha en que los periódicos dieron cuenta del suceso, la vida de McLaren siguió su curso normal, o anormal, según se mire. Gozaba de una de sus etapas de holganza. Los seiscientos dólares que le entregara Roland le permitían prolongar aquella situación, por lo menos, todavía un mes más.

Algunas noches se pasaba por el salón «Tower's», de Cherry Street. Iba por allí un tipo con el que le gustaba hablar. Además, había música y un escenario en donde se iniciaban las chicas que después, a lo mejor, pasado el tiempo, hacían furor en los teatros de Broadway. Otros no tenían tanta suerte. A McLaren le distraía el espectáculo. Por lo menos, en medio de aquel continuo bullicio gozaba de una cierta tranquilidad de ánimo, y no pensaba en nada.

Aquella noche, estaba en compañía del individuo de marras y de una tal Sally O'Brien, una pobre chica de Virginia, que trabajaba de corista en la casa y que, sin saber por qué, desde el primer día, se convirtió en su sombra. La muchacha aprovechaba todos los momentos que tenía libres para sentarse en su mesa y mirarle con ojos desvalidos. A McLaren le molestaba aquella muda admiración, pero le daba lástima la chica, y no decía nada.

En el escenario Kitty Davies, la estrella del «Tower's», lucía sus rutilantes encantos y su voz de gata, sobre el fondo trepidante de la orquesta y el sordo murmullo de la sala.

De pronto, una mano se posó en el hombro de McLaren, y éste alzó la cabeza. Fredy Ronald impecablemente vestido de negro, le contemplaba de pie, con el rostro serio.

—¡Caramba, Freddy Ronald! ¿Usted aquí?

—Vengo en su busca.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. Hace lo menos cuatro horas que trato de localizarlo y al fin, me indicaron que tal vez lo encontrase aquí.

—¿Pasa algo? —interrogó McLaren, que se había puesto en pie.

—¿No ha leído los periódicos?

—No.

—Venga afuera conmigo. Tenemos que hablar.

McLaren se despidió de sus acompañantes y siguió al abogado,

que echó a andar hacia la salida. Una vez en la calle, Ronald subió a un lujoso coche, que aguardaba pegado a la acera, e invitó al agente a sentarse con él, junto al volante.

—¿Qué diablos ocurre, Ronald? —preguntó McLaren, encarándose con el abogado, mientras cerraba la portezuela de golpe—. ¿Quiere hablar de una vez?

—Ahora se lo diré —suspiró con visible preocupación y continuó —: La chica de Luccino ha desaparecido.

—¡¡Eh!!

—Lo que oye. Acabo de enterarme por el periódico. Yo ignoraba que estuviese en Nueva York, pero no hay duda: se trata de ella. Lea.

Alargó al estupefacto McLaren un ejemplar de la segunda edición de aquella tarde del «New York Evening Post», que éste, finalmente, le arrebató con furia, sin hacer el menor comentario.

—Ahí, en la sección de sucesos, lo puede leer —le indicó el abogado.

Bajo el titulillo «¿SECUESTRO?» se insertaba la noticia a una sola columna, entre otros sucesos del día. Una tal Martha Brown, llegada hacía tres días de Wheeling (en Pensylvania), según rezaba en el registro, había desaparecido del Sutton Hotel, en donde se hospedaba, el día anterior a las doce de la mañana, hora en que salió sin decir adonde, después de una charla telefónica con un tal Mr. Harriman. La ausencia no llamó la atención del personal del hotel hasta que, pasadas las veinticuatro horas, se presentó en el Sutton una familia amiga de Miss Brown, con la que ésta había venido de Wheeling y con la que debía regresar aquel mismo día, según acordaran. Estos conocidos de Miss Brown fueron los que, desde el primer momento, rechazaron la idea de que la chica se hubiese ausentado espontáneamente por tanto tiempo del hotel, y los que, inmediatamente, denunciaron su desaparición a las autoridades. La muchacha, una pelirroja muy sugestiva de veinte años, trabajaba como institutriz en casa de unos conocidos fabricantes de calzado de Wheeling y según parece, había venido a Nueva York para arreglar ciertos asuntos de familia. La policía había iniciado las oportunas investigaciones.

Terminada la lectura, McLaren estrujó el papel, que arrojó con ira a sus pies, mientras sus ojos, que habían adquirido una dureza agresiva, se clavaban en el rostro de su interlocutor, que le miraba expectante.

—¿Qué le parece?

—¿Qué me parece? ¡Pues que de mí no se ríe nadie!

—¿Pero, se ha vuelto loco? ¡Déjeme!

McLaren había cogido al abogado por las solapas, y ahora lo tenía arrinconado en un extremo del coche, mientras se incorporaba amenazadoramente, subiendo una rodilla sobre el asiento.

—¡Eso quisiera usted! ¿De modo que todo se había arreglado ya? ¿Que la chica recibiría en Wheeling la pensión que le dejó su padre? ¿Qué significa entonces este viaje a Nueva York, para arreglar «ciertos asuntos de familia»? ¿Quién es ese Harriman? ¡Le juro, Ronald, que como no hable, aquí mismo le estrangulo! ¡Vamos, cante ya!

Lo zarandeó brutalmente, y el abogado abrió la boca como un pez. Unos golpes acelerados en el cristal de la ventanilla hicieron que McLaren alzase los ojos. Un representante de la autoridad le llamaba la atención, mientras unos cuantos curiosos se habían parado en la acera, a corta distancia. Entonces, soltó la presa.

—Es usted un insensato —le dijo Ronald, arreglándose la corbata; después bajó el cristal y se dirigió al personaje uniformado —. No hay que alarmarse, guardia. Este amigo me estaba explicando la pelea que tuvo con un tipo de Charleston.

—Pues yo creí que le estaba zurrando de veras.

—Nada de eso. Sólo que mi amigo es muy expresivo.

—¡Está bien! —exclamó el guardia, con extrañeza.

Ronald puso el motor en marcha, y arrancó el coche. Se sentía furioso.

—Le busco para que me ayude y usted… ¿Qué diablos le pasa? ¿Es que se le ha subido el *whisky* a la cabeza?

—Ya se lo explicaré, Ronald —le respondió McLaren, con el rostro sombrío—. No crea que me engaña con sus marrullerías. ¿Va a decirme que es usted el primer sorprendido de la desaparición de la chica, que no sabe los motivos ni quién…?

—¡Oiga, McLaren! Soy yo quien le busca a usted para que me ayude, y no para que me vuelva tarumba con sus estúpidas preguntas. Si sigue usted en ese plan, ahora mismo suspendemos la entrevista.

McLaren se echó a reír sarcásticamente. Después, le dijo:

—Es tarde, Ronald.

—¿Tarde? ¿Qué quiere decir?

—Que en este momento tengo una pistola en la mano. ¡Mucho cuidado con lo que se hace! Ahora, el que ordena soy yo. Vamos a mi despacho de la calle 12, que usted y yo tenemos que hablar a solas. Y le advierto que a la menor resistencia o imprudencia de su parte, le agujereo el pellejo. ¡Como hay Dios! ¿Lo entiende?

Mientras hablaba, hurgaba con el cañón de la «Luger» en el costado de Freddy Ronald, que se había quedado de piedra con ambas manos asidas al volante.

—¿Pero qué…? —balbució—. ¿Se ha vuelto loco, McLaren?

—Ya se lo explicaré cuando lleguemos. Y fíjese cómo conduce y no pierda la serenidad si no quiere que la pierda yo también.

El abogado tragó saliva y procuró concentrar toda su atención en la ruta. El obsesionante contacto del arma en sus riñones y el tono tajante y sombrío de la voz de su acompañante, le inundaba de un sudor frío.

El coche desembocó en la Segunda Avenida, que enfiló hasta el cruce de la calle 12. Llegaban.

—Ahora, mucho cuidado —le volvió a advertir McLaren, retirando el arma que se guardó en un bolsillo exterior de la chaqueta—. Sigo con la pistola en la mano. Al menor intento de huir o de llamar la atención de alguien, tendremos fiesta. ¿Comprende?

—Demasiado.

Frenó el auto frente a 1304, y los dos hombres pisaron la acera. En el inmueble, dedicado exclusivamente a oficinas sólo estaba el vigilante nocturno, que les franqueó la entrada.

—¿A estas horas por aquí, Mr. McLaren?

—Ya lo ve, Peters. Se me ha presentado de pronto un asunto, y tengo que hacerme cargo de unos papeles. ¿Funciona algún ascensor?

—Sí, el de la izquierda. Voy a abrirle.

—No se moleste. ¡Vamos, Ronald!

El aludido echó a andar por el vestíbulo, y McLaren le siguió pegado a él.

Cuando subían en el ascensor, el abogado se pasó la mano por la frente, y suspiró angustiado. Su acompañante, con la mano hundida en el bolsillo de la chaqueta lo miraba sombríamente, sin despegar los labios.

—¿Qué se propone, McLaren?

Éste se limitó a esbozar una sonrisa, y cuando se detuvo el ascensor, abrió la cancela.

—¡Pase!

Doblaron por el solitario pasillo, y McLaren se adelantó para franquear la puerta del despacho. Entró el abogado, y tras él, el agente, que encendió las luces. Después, cerró la puerta, y avanzó hasta la ventana para bajar la persiana de guillotina.

Fredy Ronald miraba todos aquellos preparativos de pie, en

medio de la estancia, con los ojos muy abiertos. Indudablemente, el pánico se adueñaba de su ánimo. Cuando McLaren volvió sacar la pistola y con su ademán le indicó que podía tomar asiento, Ronald se dejó caer en la silla, como un autómata. Estaba espantado.

—Por Dios, McLaren, ¿qué intenta hacer?

—Si es usted un buen chico y se franquea conmigo, nada.

—Claro que sí… yo nunca tuve el propósito de ocultarle… Yo…

—Perfectamente. Ese es el buen camino. ¡Empiece!

—Espere que me serene. Comprenderá…

—Para decir la verdad, no hace falta serenarse. ¿O es que busca urdir algún embuste? Le advierto…

—¡No, McLaren, no me entiende! Claro que puedo hablarle de ese Harriman y de los motivos que hay para que hayan secuestrado a la chica de Luccino… pero es algo complicado de explicar, y necesito…

—¡Está bien! Respire un poco. Ya veo que se decide a hablarme de cosas que antes fingía ignorar.

—¡No es cierto! Yo lo busqué precisamente para ponerle en antecedentes de lo que ahora voy a decirle, y solicitar su ayuda. Fué usted el que de pronto se volvió loco, y no me dejó pronunciar ni media palabra.

—Usted —le gritó McLaren, amenazador— me buscó a mí porque le constaba que al final tenía que enterarme de lo ocurrido y, como un pillo, quiso ponerse la venda antes de recibir la pedrada. Pero conmigo no le valen sus viejos trucos, Ronald. ¡Vamos, hable de una vez!

El abogado agitó la cabeza con desesperación, y después trató de serenarse. Al final, le dijo:

—En vista de que todo parece inútil, no haré más comentarios. Le referiré escuetamente los hechos, pero le ruego que no me interrumpa hasta que acabe.

—Déjese de historias. ¡Venga!

—Está bien… Cuando le busqué la primera vez para que me localizase a la chica de Luccino, no fui franco con usted. Tenía mis motivos. ¿Recuerda aquellos dos famosos golpes a «McCrery» y a la «Zickel»? Luccino fué quien los dió. En el primero actuó directamente. La coartada que presentó a la policía era falsa. Aquella mañana del robo, Luccino salió de su domicilio llevando del brazo a su amiga, Rita Marlow. Iban al Clarion a ver una película. Eso dijeron. Pero antes se pasaron por el Central Park. Allí les aguardaba un individuo de la misma estatura de Luccino, y vestido exactamente como él. Luccino le traspasó la dama y corrió adonde

le esperaban sus muchachos, mientras la pareja se encaminaba al Clarion, en donde, como es lógico, los empleados se fijaron muy bien en aquella rubia tan espectacular, sin parar apenas su atención en el acompañante, un tipo insignificante, de mediana edad, que vestía un traje gris a rayas. Cuando finalizó el espectáculo, la pareja volvió a pasar por el Central Park. Allí se les unió Luccino, de vuelta del «trabajo», y el «doble» se esfumó después de entregarle las dos localidades. De esta forma, Luccino pudo regresar a su domicilio como saliera, del brazo de su amante y probar al día siguiente que en el momento del robo en la joyería, él estaba con Rita, en el Clarion.

—¿Y usted, cómo está enterado de eso?

—Ya se lo explicaré después. Ahora déjeme continuar… El segundo golpe, él de la «Zickel», también fué Luccino el que lo planeó, pero en esta ocasión sin tomar parte directa en él; la realización corrió a cargo de sus muchachos. Por entonces, no quería exponerse a ningún contratiempo. Tenía miedo de la oculta amenaza que pesaba sobre él, y que le impulsó a desaparecer de la circulación a raíz del robo a «McCrery». Me refiero al asunto que desempolvó la «National»; el asalto de años atrás a la sucursal de la Poodle, en Rochester, en donde murieron dos policías. Nadie supo entonces quiénes fueron los autores. Pero los agentes de la «National» lograron descubrir que en aquella ocasión fué Luccino quien corrió con el «negocio», y sirviéndose de este conocimiento quiso la compañía de seguros hacerle chantaje a nuestro hombre, para intentar recuperar lo robado a «McCrery», sospechando certeramente que el que planeó el audaz robo no podía ser otro que Luccino. Éste sabía que una vez probada su culpabilidad en el asunto de Rochester, su carrera estaba terminada. Treinta años de reclusión sería la pena mínima. Por eso se ocultó, y no quiso dar la cara en Filadelfia. Pero él fué quien planeó ambos golpes, y quien los financió. Quiero indicarle con esto último que Luccino pagó a sus muchachos en dólares contantes y sonantes, y que las piedras y alhajas no se «realizaron», reservándoselas íntegramente para él.

—¿Quiere decir que jamás intentó venderlas?

—Eso mismo. Luccino era un hombre extraordinariamente inteligente. Sabía que vendiéndolas, tarde o temprano, la policía daría con él. Discurrió algo mucho mejor. Un mes antes del robo a «McCrery», vino a verme para hacerme una consulta. «Supóngase usted, Ronald —me dijo— que alguien da un golpe muy importante en una joyería, y que ésta, como es lógico, tiene asegurada la «mercancía» contra el robo. La compañía paga la indemnización,

mientras trata naturalmente de recuperar lo sustraído. Pero, pasa el tiempo, y nada consiguen. Al final, pierden todas las esperanzas y se resignan a la cuantiosa pérdida. Si en este momento la persona ofreciese a esa compañía devolverle íntegramente lo que se le robó a su asegurado, previo pago de la mitad de su valor, ¿qué actitud cree que adoptaría la compañía?» Yo me eché a reír. Le contestó que, en principio, el negocio resultaba excelente para la compañía que, de este modo, podría devolver a su asegurado lo que se le robó, y recobrar la mitad de una indemnización que ya había dado como perdida; pero que la compañía se encargaría de acogotar convenientemente al personaje que le hacía tan peregrina proposición, en la seguridad de haber dado al fin con el ladrón. «Sí, pero no si se tratara de un abogado», me replicó Luccino, sonriendo. Como no entendiese bien lo que pretendía insinuarme, el hombre, aclaró: «A un abogado no pueden obligarle a quebrantar el secreto profesional y, además, está en disposición de firmar un documento con la compañía de seguros comprometiéndose a devolverle cierta «mercancía» recibida de un cliente a cambio de una cantidad, y con el compromiso por parte de aquélla de renunciar a toda acción judicial». Tuve que reconocer, admirado, que aquel procedimiento sí era viable. Le respondí que dependería de la confianza que me mereciese el cliente, y, naturalmente, de la cuantía de mis honorarios. «Creo que este hombre —me dijo— podría muy bien pagarle treinta mil. ¿Qué le parece?» «No está mal», sonreí yo. Marchó. Al mes sobrevenía el robo a la joyería «McCrery». Yo sabía que había sido Luccino y esperaba que, pasado cierto tiempo, se pusiese en contacto conmigo. Entonces se fué de Nueva York para escapar de los sabuesos de la «National». Pasaron seis meses, sin que supiese nada de él. Cuando ocurrió lo de la «Zickel», pensé de nuevo en Luccino, aunque no estaba seguro. Una tarde, me telefonearon a mi domicilio particular. Era él. Me dijo que deseaba, hablar conmigo; que me esperaba en un parador de Menlo Park. Hora y media después, conversábamos en un reservado. Luccino se franqueó conmigo. Me informó de lo que ya le he dicho. Después, me habló de su chica. Yo ignoraba que tuviese una hija. Luccino se casó muy joven, con una mujer a quien adoraba. Por entonces, era un hombre honrado y vivía en Richmond, trabajando como dependiente en un almacén. Nació la niña. Cuando ésta cumplió los dos años, la madre enfermó. Tuberculosis. Podía haberse curado, si Luccino hubiese tenido dinero. Pero entonces era un pobre diablo, y su esposa murió. Luccino juró ante la muerta que a la niña jamás le faltaría nada; que nunca pasaría por un trance parecido. Llevó a la

niña a un colegio, y se inició en su equívoca carrera. Esto fué en resumen lo que me contó el hombre. Me llamaba para recordarme nuestra conversación de siete meses atrás. Tenía en su poder las piedras preciosas y joyas robadas a «McCrery» y a la «Zickel». Con estos dos golpes daba por finalizada su carrera. Ahora se iría con su hija a Europa y a la vuelta de un año, cuando se hubiesen disipado todas las esperanzas de recuperar lo sustraído, él se pondría en relación conmigo, para llevar a cabo el proyectado negocio, poniéndome yo en contacto con la «National». «¿Y las piedras?», le pregunté. «Están en un sitio muy seguro. No saldrán de aquí», me aseguró. «¿Y si a usted le sucede algo, durante el año de espera? —se me ocurrió indagar—. ¿No ha pensado en ello?» A Luccino no se le había escapado esta eventualidad. Si él moría, el «negocio» se realizaría del mismo modo, y en idéntico plazo. Yo le entregaría su parte a la persona que me diese las joyas, parte que ésta se encargaría de hacer llegar a poder de su chica. Me asombró la confianza que depositaba en mí, y se lo dije. Luccino se echó a reír, y comentó: «Usted y yo, Ronald, pertenecemos a la misma clase de granujas: a los granujas honrados. Sé que puedo confiar en usted». Cuando en Boston mataron a Luccino, yo no di un solo paso para interesarme por él o por su chica. Cumplía instrucciones precisas. Mi misión consistía en esperar hasta que se cumpliese el plazo de un año. Por fin, hace veinte días, extinguido éste, me dispuse a actuar. Envié un anuncio al «New York Herald Tribune» que éste publicó en su sección por palabras, y que decía: «Tony espera a Caroline en sitio convenido». Al día siguiente, en la misma sección del periódico, venía la respuesta: «Carolina irá a ver mañana a Tony». Aquello significaba que todo estaba en orden, y que podía emprender inmediatamente las negociaciones. Me entrevisté con Mr. Cambell, el director general de la «Insurance National Co.» No voy a hacerle mención del asombro, que le produjo mi proposición, e iré directamente al grano. Como es lógico, le interesó desde el primer momento, y trató de sobornarme ofreciéndome una cantidad bastante mayor de la que me brindó Luccino, si me decidía a traicionar a mi cliente; pero, por lo visto, éste tenía razón: soy un granuja honrado, y no acepté. Mis condiciones eran la firma del documento y trescientos cincuenta mil dólares; ni un centavo menos. Mr. Cambell solicitó de mí un plazo de veinte días para meditarlo y cambiar impresiones. Redacté un nuevo anuncio dando cuenta de la demora, y, al día siguiente, recibía en mi despacho la visita de Mr. Harriman.

—¿El tipo que telefoneó a Sutton, minutos antes de que la

muchacha saliese del hotel para no regresar ya?

—Por lo visto, sí. Confieso que me engañó. Supuse que sería el depositario de las piedras preciosas, el individuo con quien me relacionaba por los anuncios. Es verdad que ni él ni yo hablamos del asunto, pero su conducta me pareció sintomática. ¡Qué torpe fui! Me contó exactamente lo que yo le referí a usted la tarde que vine a buscarle a este despacho; que Luccino le había dejado veinticinco mil dólares para que, si algo le sucedía, él se encargara de hacerlos llegar a poder de su chica en mensualidades de trescientos. Ignoraba su paradero, y se dirigía a mí como la persona más indicada por haber sido el abogado de Tommy. «Usted sabe que ahora es preciso que localicemos a la chica», me dijo. La frase me pareció significativa, y le contesté que procuraría satisfacer su deseo. Entonces fué cuando le encargué a usted el asunto. Al proporcionarme usted, a los tres días, las señas, yo me limité a trasladarle el dato a ese Mr. Harriman. Y esto es todo lo que puedo decirle, McLaren. No le he ocultado absolutamente nada. Yo apreciaba de veras a Luccino, y soy el primero en lamentar lo ocurrido. Cuando esta tarde, por casualidad, leí la noticia, comprendí con claridad cuáles eran las verdaderas intenciones de ese Harriman, o las del oculto personaje por cuya cuenta actúa: alguien se ha enterado de las negociaciones que he iniciado con la «National». Supone, lógicamente, que la chica de Luccino debe saber, cuando menos, dónde estén las piedras, y por eso la han secuestrado.

—¡Pues, como hay Dios, que se la ha ganado, Ronald! El canalla que haya puesto sus puercas manos sobre la chica de Luccino, se va a acordar de mí. Se lo aseguro. En cuanto a usted, le creo; conviene que le crea; de otra forma…

—Sí, McLaren. Puede confiar plenamente en mí. Pero cálmese; está usted demasiado alterado, y conviene pensar con frialdad lo que podamos hacer.

—Ese Harriman, ¿dónde vivía?

—Estaba de huésped en el Seymour Hotel. Cuando usted me dió las señas de la muchacha, yo se las transmití por teléfono. Me dijo que no me preocupase ya de más. Él se encargaría de ponerse en comunicación con ella. Desde entonces, no le he vuelto a ver. Naturalmente, en cuanto esta tarde me tropecé con la noticia, me faltó tiempo para telefonear al Seymour. Mr. Harriman ya no estaba. Hacía una semana que se había despedido del hotel. Era un tipo alto, de buena fachada, con una pequeña cicatriz en el labio superior.

—¡Ya! ¿Y no cree que bien pudiera ser un agente de la «National»?

—¿Cómo? —interrogó Ronald sorprendido.

—Muy sencillo. Recuerde que la compañía de seguros sospechó de Luccino como autor de los dos robos, y que usted era su abogado. No tiene nada de extraño que, después de la entrevista, los de la «National» se hayan acordado otra vez de Luccino, y piensen que, una vez muerto el personaje, sea su chica la depositaría de las piedras cuya recuperación usted les ofrece al cabo del tiempo.

—Ya comprendo lo que insinúa, pero eso es absurdo, McLaren. No creo que los de la «National» se arriesguen a un juego tan peligroso como es secuestrar a una muchacha. Además, este mediodía, Mr. Cambell me ha telefoneado para que mañana nos vamos en su despacho, a fin de llegar a un arreglo. Estas han sido sus palabras. Si hubieran secuestrado a la muchacha, y creyesen que ella les podía resolver el problema, Mr. Cambell no me habría llamado. Además, le repito, dudo mucho que los de la «National» se decidan a dar un paso tan grave.

—¡Ya veremos! Yo no me fío un pelo de esa gente. Otra cosa: ¿quién diablos será ese misterioso personaje de los anuncios?

—¿El que tiene las joyas? Lo ignoro. Pero, indudablemente, gozaba de la plena confianza de Luccino, y me parece absurdo sospechar de él.

—No es eso —dijo Macharen, pensativo —. ¡Bien! Usted mañana vaya a ver a Mr. Cambell. Esa entrevista nos puede aclarar muchas cosas.

—¿Qué hago, si aceptan mis condiciones? En este caso, las instrucciones que me dejó Luccino consisten en insertar un nuevo anuncio que diga: «Tony, llama urgentemente a Caroline». Y, al otro día, en el «New York Herald» se me indicará un lugar adonde yo debo acudir, luciendo una gardenia en mi solapa.

—Usted siga punto por punto lo convenido, como si nada hubiese ocurrido. Lo demás, corre de mi cuenta. ¿A qué hora está citado con el director general de la «National»?

—Mañana, a las once.

—Bueno, pues inmediatamente después de la entrevista, me llama aquí. Si no estoy, ya le indicarán dónde podemos vernos. Ahora urge actuar para parar los golpes que se avecinan. Si usted es mi leal aliado, como quiero creer, todo saldrá bien. De lo contrario, no le arriendo la ganancia, Ronald.

—Puede estar tranquilo.

—Perfectamente.

McLaren descolgó el auricular para informarse del teléfono de los Kane, en Pitsburg. Después, solicitó una conferencia urgente con dicha localidad.

Se la dieron un cuarto de hora más tarde. Habló con la amiga de Pamela. Después de darse a conocer, McLaren explicó detalladamente lo sucedido, cosa que allí ignoraba todo el mundo.

—No le extrañe. Ha sido esta misma tarde cuando se ha descubierto su desaparición. ¿A qué vino Pamela a Nueva York?

—Oficialmente, a arreglar aquel asunto de que me habló usted, pero me parece que lo que a ella más le interesaba era verle a usted.

—¿A mí?

—Sí. Le conté a Pamela nuestra conversación. Me refiero a lo que usted me dijo de su actuación en aquello de Boston. Dijo que usted se merecía una explicación. Estaba muy emocionada.

—¡Vaya, por Dios! —exclamó McLaren, visiblemente conmovido.

—¿Hice mal?

—No lo sé, Miss Kane. Ahora, es necesario que me ayude y que ayude a Pamela. Le garantizo que la encontraré, aunque tenga que revolver en el mismo infierno. Pero es necesario que la policía no se entere de su verdadera personalidad. Usted sólo sabe que se llama Brown, ¿me comprende?

—Sí.

—Muy bien. Confíe en mí, y hasta pronto.

Colgó el auricular, y se dirigió a Ronald, que aguardaba de pie.

—¡Vámonos ya!

—¿A dónde?

—Yo a la Central de Policía; usted, a su casa. Y no se le olvide mañana telefonearme inmediatamente después de la entrevista.

III

Cuando a las tres de la madrugada salió del Departamento Central de Policía, el panorama se presentaba ante McLaren tan obscuro como antes. Allí no poseían muchos más datos de los que ya había publicado la prensa y los pocos inéditos que pudo lograr, de nada le servían. En realidad, según le dió a entender el sargento Dixon, el asunto no les preocupaba gran cosa. Probablemente la chica habría tenido alguna aventurilla, y sus amigos habían tenido la imprudencia de denunciar su supuesta desaparición. No pasarían muchas horas sin que la muchacha hiciese espontáneo acto de presencia. Todo esto indicaba que las autoridades no sospechaban ni remotamente quién era realmente Miss Brown.

Para McLaren el problema no ofrecía, en principio, otra solución, que considerar el secuestro como obra de los agentes de la «National», y sólo esperaba enterarse del desarrollo de la entrevista que celebrarían Ronald y Mr. Cambell, para afirmarse o desentenderse de su teoría y obrar en consecuencia. Había, pues, que armarse por unas horas de paciencia. Entonces decidió, marcharse a descansar, si ello era posible.

El nuevo día le reservaba una formidable sorpresa. A las ocho, McLaren, que apenas había conseguido dormir tres horas, se incorporó del diván de su despacho, y bajó a la calle para desayunar. A la salida del bar compró el periódico, para ver si daban nuevas noticias de lo que le preocupaba. Entonces se enteró de lo ocurrido. Un nuevo suceso, pero en esta ocasión debidamente destacado, como correspondía a la personalidad del protagonista.

«SECUESTRO DEL CONOCIDO ABOGADO, FREDDY RONALD».

«Dos desconocidos consiguen sacarlo con engaños de su domicilio, y desaparecen con él en un coche».

Resumidos, los hechos habían sido los siguientes: A la una menos cuarto de la madrugada última, Ronald entraba en su domicilio particular, un departamento de la 33 West. Minutos más tarde, le llamaron al teléfono. Después de una corta charla, dijo a su esposa que tenía que volverse a marchar. Como, dado lo

intempestivo de la hora, la mujer se extrañase, Ronald le explicó que acababa de hablar con un tal Mr. Cambell, director de la «Insurance National Co.» quien le había citado en su domicilio para entrevistarse con él urgentemente. A tal fin, el coche de dicho señor le pasaría a recoger dentro de unos minutos. Y, en efecto, momentos después avisaban que el auto esperaba en la puerta. Mrs. Ronald preguntó al esposo cuándo regresaría, y éste respondió que pasadas unas dos horas. Se durmió la señora, y al despertarse a las cinco, comprobó que el marido no había regresado. Entonces se decidió a telefonear al domicilio de Mr. Cambell. Se le contestó que el director de la compañía de seguros descansaba tranquilamente en su dormitorio, en donde estaba recluido desde las once de la noche, sin que hubiese telefoneado para nada al abogado, con quien, en efecto, había acordado una entrevista, pero para el día siguiente. Aparecía claro el modo como Freddy Ronald había caído en la trampa. Alguien que estaba informado de la proyectada entrevista, se había hecho pasar por Mr. Cambell, diciendo a Ronald que urgía adelantar el encuentro, celebrándolo aquella misma noche y que, a tal fin, le enviaría su coche. Éste fué visto en la calle por un vecino de la casa, en el momento en que el abogado ascendía a él. Según informaba el declarante, se trataba de un sedán barnizado de negro y ocupado por el chofer y otro individuo que se sentaba en la parte de atrás. No podía dar más detalles. En aquellos momentos, las autoridades desplegaban toda su actividad para tratar de esclarecer el hecho que, dada la personalidad del raptado, se intuía sensacional.

Fue tal la sorpresa que la noticia produjo en el ánimo de McLaren que, en los primeros momentos, no supo qué pensar. La primera idea que le acudió a la cabeza fué desechar por absurda su anterior hipótesis de que el secuestro de la muchacha y, por consiguiente, el del abogado, fuese obra de la «National». Podía admitirse lo de la chica, pero lo de Ronald no cabía en cerebro alguno. Los de la «National» jamás se atreverían a tanto y, sobre todo, aunque así fuese, nunca se hubiesen atrevido a mezclar el nombre de Mr. Cambell en el asunto. ¿Quién diablos podría mover los hilos de todo aquello? De pronto, un pensamiento le llenó de alarma, borrando de su mente todas las interrogantes. Indudablemente, fuese quien fuese el autor de los secuestros, una sola cosa estaba bien clara: la finalidad que perseguía con sus manejos. Trataba a toda costa de apoderarse de las piedras y joyas o, lo que era lo mismo, de los setecientos mil dólares en que éstas se habían tasado. Por eso raptaron en principio a Pamela. Pero la

muchacha, según se desprendía de lo que le explicó Ronald, se encontraba el margen del negocio, y así lo debieron comprender sus secuestradores después de unos estrechos «interrogatorios». (La idea de que aquellos desalmados hubiesen torturado a la chica de Luccino para que cantase, se le hacía insoportable, y ponía fuego en su sangre). Por esto no dudaron en apoderarse de Ronald. Habían acertado: el abogado podía hacer llegar el tesoro a sus manos, si sabían «interrogarlo» hábilmente. En cuanto le «apretasen» bien, Ronald cantaría. Estaba seguro. Era, pues, necesario actuar sin la menor pérdida de tiempo.

Detuvo a un «taxi» que cruzaba en aquel momento, y subió a él cerrando la portezuela de golpe.

—¡A Madison Square! Pare frente al edificio del «New York Herald».

Cuando penetró en las oficinas del periódico, acababan de cerrar las ventanillas de anuncios, pero McLaren repiqueteó con insistencia en una de ellas, hasta que un empleado la alzó.

—Lo siento, pero ya no admitimos anuncios para la última edición. Estará en la calle dentro de tres horas.

—Es un favor particular que me hace —le dijo McLaren—. Le recompensaré espléndidamente.

Convenció al empleado, y allí mismo redactó el anuncio. Una sola línea: «Tony llama urgentemente a Caroline».

Pagó el importe, y entregó dos billetes de a dólar al individuo de la ventanilla. Después, se echó a la calle sin la menor conciencia de lo que podía hacer.

***

Hasta poco después del amanecer del día siguiente, la jornada se deslizó para McLaren sin nada digno de destacarse, si bien su tensión de ánimo no cedió por ello; al contrario, la forzada espera le agudizaba hasta extremos insufribles.

La prensa vespertina dió igualmente cuenta destacada del secuestro del abogado, sin que los nuevos datos aportados contribuyesen a esclarecer los hechos ni proporcionasen la menor pista. En sus declaraciones a la policía, Mr. Cambell se limitó a decir que su entrevista con el desaparecido sólo tenía por objeto ultimar ciertos detalles legales de un nuevo seguro sobre accidentes que su compañía tenía en estudio. No había querido declarar la verdad, actitud que no le extrañaba a McLaren considerando el aspecto de extralegal que ofrecían las negociaciones de ambos

personajes. Los restantes datos inéditos, aún ofrecían a su juicio menos interés.

A las siete de la mañana, después de una noche en que apenas pudo dormir, Richard McLaren salía de su domicilio. Minutos más tarde, hojeaba nerviosamente un ejemplar de la primera edición del «New York Herald» que aun olía a tinta fresca. Localizó la sección de anuncios por palabras, y repasó con impaciencia. Allí estaba:

> «Caroline espera a Tony en vestíbulo Macy, hoy, tres tarde».

El anunciante aludía sin duda a los grandes Almacenes Macy, instalados en un enorme edificio de Broadway esquina a la 34.

A las tres menos cinco, McLaren penetraba en el vestíbulo con columnas de mármol que daba entrada a la primera planta de los conocidos almacenes. Compradores y curiosos entraban y salían continuamente, sin que en el amplísimo *hall*, hiciesen parada salvo raras excepciones. Sólo tres hombres y dos mujeres se veían inmovilizados, en espera, al parecer, de alguien.

McLaren llevaba en el bolsillo de su chaqueta una gardenia que había comprado aquella mañana. A las tres en punto se la colocó en el ojal de lo solapa, y la emprendió a cortos paseos con aire distraído. Ninguno de los que aguardaban se fijaba en él. Ni anunciante no había acudido. En aquel instante, cuatro personas salían por la puerta giratoria, del interior. Una mujer de unos cuarenta años, no muy bien vestida, de pelo gris y rostro algo marchito, pero bello, sin pintar, se destacó del grupo y avanzó sin titubear hacia él.

—¡Buenas tardes, Tony!

—¡Hola, Caroline!

Se despojó de la gardenia, que guardó en el bolsillo, y cogió a la mujer del brazo.

—¡Vámonos! —le ordenó.

La mujer alzó sus ojos, sorprendida, y McLaren le sonrió, apretándole el brazo.

—Hay peligro —musitó.

Y en aquel preciso instante divisó a Paddy Wivel, el dueño del Copain Club. Estaba de pie, a pocos metros de la salida. Una luz vivísima penetró en su cerebro. Dió bruscamente la vuelta y tiró de su acompañante, quien, indudablemente, se sentía desconcertada.

—¡No se detenga! ¡Sígame sin rechistar! —le silbó al oído.

Probablemente, Paddy no le habría visto, pero no estaba seguro. Traspasaron la puerta giratoria y penetraron en la planta baja de los

almacenes que cruzaron sin cambiar palabra, a través de los innumerables «stands», hasta ganar la salida que daba a la 34.

Allí, subieron a un «taxi».

Durante los primeros momentos, McLaren se dedicó a mirar por la ventanilla trasera hasta que, al final, se convenció de que nadie les seguía.

Entonces se retrepó en el asiento y suspiró, mientras la mujer lo miraba expectante.

—Perdone, señora. Pero era necesario escapar cuanto antes de allí.

—¿Qué ocurre?

—Escúcheme con atención: Han raptado a la hija de Luccino y al abogado que preparaba el asunto que usted sabe. Todo queda suspendido por ahora. Usted no vuelva a contestar ya a ningún anuncio. Sólo cuando lea uno que diga: «Se alquila departamento Avenida Madison, todo confort. Escribid apartado 1274», me telefonea al número que ahora le daré, a las cuatro en punto de la tarde. Ahora se lo apuntaré todo.

En una pequeña libreta redactó el nuevo anuncio, y apuntó el teléfono del despacho con su nombre. Arrancó la hoja y se la dió a la mujer, que la guardó en su bolso.

—Hasta que vea ese anuncio, usted no haga absolutamente nada. ¿Comprende?

—Sí, sí. ¿Y qué ha sido de Pamela? ¿Dónde está?

McLaren le informó detalladamente de todo lo ocurrido, y la mujer suspiró:

—¡Pobre muchacha! ¡Con lo que la quería Tom!

—¿Usted la conoce?

—No. Sólo por fotografía. Cuando Tom me entregó «aquello» para que yo se lo guardase, recuerdo que me dijo: «Si a mí me ocurre algo, cuando te hayan entregado el dinero, tú te encargarás de buscar a Pamela para dárselo. En ti confío, Maggy». No parece sino que ya sabía que pronto iban a matarlo

—¡Vamos, señora! —animó McLaren a la mujer, que se secaba las lágrimas—. ¿Era Tom, pariente suyo?

—No, pero eso nada tiene que ver. Tom era admirable; tenía un corazón de oro. Cuando la policía mató a mi Patrick en Charleston, hará cuatro años, Tom me dijo: «No te preocupes, Maggy; los amigos somos para las ocasiones». Y si desde entonces nada, nos ha faltado a mis hijos y a mí, ha sido gracias a él. Tom nos pasaba una pensión todos los meses. La última vez que lo vi, me hizo entrega de lo que usted ya sabe, y me dió tres mil dólares. Después me dijo:

«Con ese dinero tendréis para vivir el año que pasaremos sin vernos, Maggy. Después, cuando se arregle el asunto, no tendrás que preocuparte de nada». Tom me ofreció veinte mil dólares; según él, era lo que correspondería por mi participación en el negocio, pero yo no lo hice por el dinero, sino porque él se lo merecía todo. Ahora que está muerto, sólo deseo cumplir lo que le prometí, y que Pamela entre en posesión de lo que le dejó su padre.

—Eso es lo que deseo yo también, pero algún maldito se ha olfateado el asunto, y busca por todos los medios apoderarse de las joyas. Ya lo sabe usted, Maggy: no mueva un dedo hasta que yo la avise del modo convenido.

—Así lo haré.

En Unión Square se despidió de la mujer, que continuó en el «taxi». Cuando éste se perdió de vista, McLaren echó a andar apresuradamente por la Cuarta Avenida y, más tarde dobló a la izquierda, enfilando la 12.

Su encuentro con Paddy Wivel en el *hall* de Macy podía ser —lo era seguramente— la clave que hasta entonces no lograra asir por parte alguna. ¡Cómo no haberlo pensado antes! Paddy era un tipo sin escrúpulos, capaz de cualquier fechoría, si la ganancia compensaba el riesgo. ¿Y no eran setecientos mil dólares, argumento bien poderoso para que Wivel se decidiese a actuar sin contemplaciones? Claro que no se trataba de esto solamente. Paddy estaba en mejor situación que nadie para haber olfateado el negocio que Ronald se traía entre manos. En primer lugar, por Rita Marlow, su amante, que lo había sido anteriormente de Luccino, podía tener la seguridad de que éste fué el autor del golpe de «McCrery» y casi con toda probabilidad, del golpe de «Zickel» Si Luccino se franqueó con Rita. Wivel sabría hoy lo que el hombre proyectaba hacer con el producto del robo. Ahora recordaba McLaren el comportamiento de ambos personajes cuando él interrogó a Rita en el Copain Club. La extraña conducta de la mujer, explicándole de buen grado lo que antes no quiso declarar a la policía, conducta que en aquella ocasión no consiguió comprender ahora se le aparecía sintomática. Wivel y ella obraron entonces de común acuerdo. Trataban, sin duda, de que llegase a oídos de las autoridades lo que la «National» había descubierto, para que éstas atrapasen a Luccino. Y una vez el campo libre… Sí, no cabía duda. Y, sobre todo, ¿qué otra significación podía tener la presencia del dueño del Copain Club en el vestíbulo de Macy? ¿Casualidad? A McLaren se le hacía muy cuesta arriba admitir esta versión, especialmente porque se la explicaba muy bien de esta otra forma: Ronald estaba desde la

noche anterior en su poder, y había «cantado», explicándole la forma de establecer contacto con el personaje depositario de las piedras. Aquella misma mañana, Paddy debió echar un vistazo al «New York Herald», y al tropezarse con el anuncio que le puso la mujer, citándole en el vestíbulo de Macy, y leer los nombres de Tony y Caroline, se sospechó certeramente que alguien se le había adelantado. Por eso se presentó en Macy; para sorprender al caballero de la gardenia en la solapa y —lo que era más importante — al personaje que lo citaba.

Por fortuna, McLaren pudo esquivar su presencia, o, ¿fué simplemente que Paddy simuló no verde? De cualquier forma que fuese, McLaren tenía ahora una pista, y lo que urgía era poner manos a la obra, actuar con la máxima celeridad. Pero antes tendría que meditar bien sus futuros pasos, trazándose un plan, en el que, desde luego, tenía que descartar toda petición de auxilio a la policía, ya que ésta no se decidiría a entrar en acción hasta que no se le pusiera en antecedentes de los móviles que podían inducir a Paddy a secuestrar a la muchacha y a Ronald, cosa que en modo alguno entraba en sus cálculos.

Estos últimos pensamientos le sorprendieron en su despacho, adonde había subido mecánicamente desde la calle. De pronto, se quedó inmóvil y le brillaron los ojos, como si un súbito pensamiento hubiese estallado en su mente. ¡Qué estúpidamente había obrado esquivando la presencia de Wivel! De haberlo abordado en el vestíbulo, ahora sabría con seguridad a qué carta quedarse y, por otra parte, Paddy…

Segundos más tarde encendía un cigarrillo y la emprendía a cortos paseos por la estancia, mientras ultimaba los detalles de un arriesgado plan que aquella misma noche pondría en práctica.

IV

Cuando pasadas las doce, Richard McLaren penetraba en la lujosa sala de fiestas del Copain Club, Sandy Powel y sus muchachos armaban un ruido de mil diablos, mientras que en la pista circular los «Ginni's Bhroters» descoyuntaban sus anatomías en una complicada danza acrobática.

McLaren se sentó en el único palco libre, desde donde se dominaba la pista y las múltiples mesas que la circundaban, sin fijar su atención en el cartelito «Reservado», que figuraba sobre el mantel sobre un soporte niquelado.

En aquel momento los «Ginni's» concluían su número, y el hombre aplaudió con notoria ostentación, llamando la atención de algunos, clientes. La sala quedó en suave penumbra, y un vivo foco de luz blanca destacó al borde de la pista la escultural figura de Rita Marlow, embutida en un ceñido traje de brillante raso y de pródigo escote. La orquesta atacó un *blue* lento, y la espectacular rubia empezó a cantar las excelencias de la vida de Nueva Orleans a finales de siglo, y de las noches de plenilunio junto al Mississipi. Su voz opaca e insinuante arrullaba los oídos, mientras su ondulante silueta avanzaba por la pista con una gracia felina.

Miró a McLaren, y éste, que clavaba sus ojos en ella con ambos brazos sobre la barandilla del palco, alzó una mano y sonrió ampliamente en señal de saludo.

—Perdón, señor. Este palco está reservado.

—¡Eh! —McLaren volvió la cabeza, y consideró al *maître* con los ojos entornados—. ¿Qué diablos dice usted?

—Que está reservado. Véalo, señor —le indicó el ceremonioso servidor, señalando el letrero.

—Pues ya no lo está —le replicó McLaren, tumbando el cartelito y mirándole de mala manera—. ¿Es así como Paddy trata a los clientes que vienen a gastarse el dinero en su club?

—Pero…

—¡Oiga, amigo! Tráigame una botella de champaña, y déjese de monsergas. ¿Lo ha oído?

El cliente alzaba la voz, llamando la atención de otros cercanos, que sisearon. Al parecer, el hombre estaba algo bebido. ¡Mal asunto! Comprendiéndolo así el *maître* se inclinó ceremonioso y

salió del palco. Inmediatamente McLaren volvió a echarse de bruces sobre la barandilla y tornó a sonreír seráficamente a Rita que, en aquel instante terminaba su canción con un prolongado trémolo. Después, aplaudió con calor.

Terminaba el *show*. La orquesta inició su repertorio de escogidos bailables con una samba, y pronto la pista se vió inundada de parejas.

Cuando McLaren divisó a Paddy Wivel, que avanzaba a través de las mesas en dirección a su palco, se puso en pie, fingiendo no reparar en él.

—¡Al diablo! —murmuraba—. Me iré a «Ding Ho». Allí, por lo menos…

En aquel momento una mano le cogió por el codo, y McLaren volvió la cabeza.

—¡Ah, ¿es usted, Wivel? Ahora mismo me marchaba.

—¿Tan pronto?

—Sí. En «Ding Ho» deben ser más amables, y las mesas nunca están reservadas para los clientes que llevan dinero.

—No se enfade McLaren —sonrió Paddy—. El *maître* ignoraba quién era usted. ¡Vamos, pase! Además, hace mucho tiempo que no nos vemos, y quiero invitarle.

—No hace falta que me invite nadie —fanfarroneó el hombre, balanceándose sobre sus pies—. Me sobra dinero para invitar yo.

—¡Magnífico! Precisamente eso es lo que nos hace falta: buenos clientes. ¡Mire, aquí tenemos a Rita!

La llegada de la mujer solventó el incidente. El rostro de McLaren cambió súbitamente de expresión y, ahora, se avino de buen grado a quedarse.

Se sentaron los tres personajes en el palco, y cuando el camarero trajo la botella, brindaron, chocando las copas. Luego, Wivel se excusó; dijo que tenía que atender a unos clientes, y les dejó solos.

—Estoy muy enfadada con usted —le dijo Rita, dedicándole una de sus sonrisas más cautivadoras.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Cuando cantaba mi número, usted no me hizo mucho caso, y se puso a discutir con el camarero. ¿Es que no le gustó?

—Fué esa cucaracha quien me distrajo, diciéndome que la mesa estaba reservada, pero yo… ¡Estuvo usted admirable, Rita!

—Menos mal. Usted ya sabe que a las mujeres nos halaga que los hombres se fijen en nosotras.

—¡Pues en ese sentido, ya puede estar orgullosa!

Rió la dama, y el hombre volvió a llenar las copas. Bebieron.

—¿Usted no baila? —preguntó Rita

—Pues sí, aunque bastante mal. Pero, ¿no se enfadará, Paddy?

—No se preocupe —rió—. Usted es un cliente.

—¡Lástima de no ser nada *más* que eso!

Salieron a la pista. McLaren enlazó a la mujer, que pegó la cara a su mejilla.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted hermosísima?

—No. Esta es la primera —se burló ella, sin rehuir la presión de su brazo.

—Bueno, nunca dejaré de ser un patán.

—¿Por qué lo dice?

—Le seré franco: toda mi vida soñé con una mujer como usted. Pero siempre fui un pobre diablo. Y ahora que me sobra el dinero, me doy cuenta de que me falta algo así como… experiencia.

—Le aseguro que un hombre con dinero, joven y no mal parecido como usted y, por añadidura, sin mucha experiencia, constituye el ideal de cualquier mujer, por ambiciosa que sea —le dijo Rita, separando el rostro para mirarle con malicia.

—¡Está bien! Búrlese, si eso le divierte.

—Le sigo el juego, nada más. ¿Ha descubierto un pozo de petróleo en la Quinta Avenida?

—Hace mal en no creerme. Confieso que he bebido un poco, pero le hablo muy en serio, Rita… ¡Óigame! —volvió a juntar su mejilla a la de la mujer, y le habló al oído—: Esta noche he venido aquí nada más que para verla a usted. No me atrevía, ésa es la verdad, y quizá, por eso, me tomé unas copas. Ahora no me importa decirle que ya me volvió loco la primera vez que la vi. Si desde entonces no le dije nada, fué porque nada podía ofrecerle. No soy tan simple como para no comprender que una mujer como usted no podía ser para un pobre diablo como era yo. Pero hoy, las cosas han cambiado. Tengo dinero como para enterrar a Wivel y a su Club, y usted me gusta con locura, Rita.

—Bueno, Dick, creo que estamos llamando la atención.

—¡Discúlpeme! —sopló, como si se sintiese sofocado, y preguntó —: ¿Le gustan las joyas?

—¿Piensa regalarme alguna?

—¡La vestiré de brillantes! —aseguró McLaren, contemplándola con seriedad, y la mujer rompió a reír—. ¿No me cree?

—Es usted un loco.

En aquel momento Finalizaba el bailable, y Rita se desprendió de sus brazos. McLaren la miraba con aire desolado.

—No me ha contestado, Rita.

—Vamos a la mesa. Paddy está esperándonos.

—¡Pero, por Dios, dígame algo, yo…!

La mujer, que le había cogido de la mano, se la apretó significativamente, a tiempo que le decía en tono bajo:

—¡Sáqueme luego a bailar otra vez.

Una vez en el palco, los tres personajes estuvieron de charla. McLaren daba la impresión de sentirse mucho más animado que al principio. Pidieron otra botella y, después de beber, McLaren invitó a Rita a volver a la pista.

—Estoy un poco cansada, pero ¡encantada! ¿Nos esperarás, Paddy?

—Claro —sonrió el hombre. Después se dirigió a McLaren—: Tenga cuidado con Rita. Es una mujer muy peligrosa.

—No se preocupe. Ya me ha dado calabazas.

—Eso no es cierto —rió la mujer, siguiendo la supuesta broma —. Todavía estoy meditando la respuesta.

Cuando alcanzaron la pista y McLaren la enlazaba por la cintura, ella le dijo:

—Paddy está escamado. Debió estar observándonos antes. Le ruego que sea prudente.

—Sí, Rita. Pero, ¿qué me responde?

—¿Qué quiere que le diga? Todo esto es absurdo; demasiado precipitado, y usted lo sabe muy bien.

—¿Va a decirme que no cree en mis palabras, que…?

—Sólo quiero insinuarle que éste no es el lugar más a propósito para que hablemos. Observe que Paddy no nos quita el ojo de encima.

—¡Está bien! Ya veo que todo es inútil. Siempre ese maldito Paddy. ¿Sigue enamorada de él?

—¡No diga tonterías! Paddy ya hace mucho tiempo que dejó de interesarme.

—¡Rita!

—No se emocione, y escúcheme con atención: Cuando volvamos al palco, yo fingiré no sentirme muy bien, y les diré que deseo irme a mi casa. Paddy no podrá acompañarme. Usted permanezca todavía aquí durante media hora o tres cuartos, y cuando salga vaya a buscarme a la Octava Avenida, frente a la primera travesía del Central Park. Allí le aguardo en el coche.

—¡Muchas gracias, Rita! ¡No sabe lo feliz que me hace!

—Sólo quiero brindarle una oportunidad para que se explique. Nada más —terminó, con una sonrisa insinuante.

La comedia resultó perfecta. A los pocos momentos de regresar

al palco, Rita empezó a quejarse de un dolor de cabeza que, al cabo de diez minutos, se convertía en jaqueca insoportable. Sus dos acompañantes se condolieron de la desgracia, y, al final, Rita declaró que no tenía más remedio que ausentarse del local. Se despidió de McLaren, y Wivel la acompañó hasta la misma puerta de la calle.

Cuando regresó, Paddy volvió a sentarse con McLaren, y los dos hombres estuvieron de charla hasta las dos menos cuarto, hora en que el segundo dijo que se marchaba.

—Bueno, McLaren. A ver cuándo nos vemos otra vez.

—Tal vez pronto.

—Así lo espero.

Una vez afuera, McLaren subió a un «taxi» y dió las señas que le proporcionara la mujer. Tenía la casi certeza de acudir a una encerrona perfectamente preparada de antemano. Paddy debió darle a Rita las últimas instrucciones cuando la acompañaba hasta la puerta del club. La aceptación de Rita a sus requerimientos, jamás se hubiese producido en circunstancias normales. De esto estaba seguro. Pero en aquella ocasión, aunque su repentina pasión no dejase de sorprenderles, al no alcanzárseles el verdadero motivo, la aceptaron como buena en vista de la favorabilísima coyuntura que suponía para sus planes. Ahora no le cabía duda a McLaren de que aquella mañana, Wivel, al tanto de su juego, le había visto lucir la gardenia por el vestíbulo de Macy. Supondría, con muy buen motivo, que las joyas ya estarían en su poder; cuando menos, que él sabría dónde se escondían y, de acuerdo con Rita, le preparaba la trampa.

Bueno, pero también McLaren tenía su plan: intentar cazar al lobo en su misma madriguera, con la ventaja de estar informado al dedillo del doble juego. Por lo menos, no le pillarían desprevenido.

Se sacó la pistola del pantalón, una «Smith» de ocho tiros bastante más pequeña que la «Luger» y no por eso menos eficiente, y se la guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta.

El «taxi» frenó en el cruce con la calle sesenta y seis, y McLaren descendió a la acera después de pagar el importe. Dudaba mucho de que en aquel lugar tan concurrido, a pesar de lo avanzado de la hora, intentasen nada contra él. Tal vez el papel de Rita fuese llevarlo hasta la misma boca de la guarida.

«Empieza la comedia», se dijo el hombre, viendo parado en la otra acera un coche negro con una rubia al volante. Cruzó la calle y, efectivamente, se trataba de Rita.

—Buenas noches. ¿Le he hecho aguardar mucho?

—Un poco, desde luego, pero no importa. Suba.

Dió la vuelta al auto, y ascendió por la otra portezuela. Antes de acomodarse se cercioró disimuladamente de que nadie se ocultaba en la parte trasera.

—Bueno, aquí no podemos quedarnos —dijo la mujer—. ¿Ha pensado ya en algún sitio?

—¿Qué le parece «Ding Ho» o el club de la 14?

—¿Está usted loco? ¿Quiere que Paddy se entere esta misma noche de que he fingido dolor de cabeza para verme con usted?

—Pues… no sé. Desde luego podríamos ir a mi casa, pero tal vez el lugar no le agrada.

—¡Claro que no! No olvide que nos hemos citado para hablar. Nada más. ¿Conoce el Parador Kissena?

—No.

—Está entre Jersey City y Newark, y es un lugar muy discreto.

—¡De acuerdo! Usted dispone de mí, aunque sea para llevarme al infierno.

La mujer sonrió con coquetería, puso en marcha el coche, que arrancó en dirección a la Avenida Amsterdam. Minutos más tarde, desaparecía por el túnel Lincoln, bajo el Hudson.

V

A una milla de Jersey City abandonaron la autopista que llevaba a Newark, para enfilar una desviación que se adentraba por un bosque de pinos. Después de cruzar un puente rústico, la carretera ascendía describiendo cerradas curvas por la abrupta falda de la montaña. Al coronar la cuesta, Rita detuvo el coche, y apagó los faros. El cielo estrellado se combaba sobre los montes sumidos en densa obscuridad. A la izquierda, en la lejanía, un rosario de luces anunciaba la ciudad de Rutherford.

—¿Qué pasa? —indagó McLaren.

—Nada. Sólo que este sitio me gusta. ¿No es maravilloso verse así solos, en medio de la noche?

McLaren torció el gesto en la obscuridad. Tenía la impresión de que la parada obedecía a otra causa muy distinta. Tal vez no pasasen muchos segundos sin que los secuaces de Wivel hiciesen acto de presencia. ¡Y él que había pensado que aquella mujer le llevaría hasta la propia madriguera en donde, sin duda, a estas horas estarían Ronald y la chica de Luccino! Hizo de tripas corazón, y respondió:

—Sí; sobre todo estando con usted, Rita.

—No me fío mucho de sus palabras, Dick.

—¿Por qué? Le repito que estoy loco por usted, que…

Le pasó el brazo por la cintura e intentó besarla en la seguridad de que ella le rechazaría, pero no fué así, y Rita se abandonó en sus brazos, correspondiendo a sus caricias con un apasiona miento muy profesional. Finalmente, esquivó el contacto, fingiéndose pudorosa y sofocada.

—Por Dios, creo que hacemos una tontería.

—¿Por qué?

—Usted me atrae, no lo niego; pero yo ya no soy ninguna niña para hacer locuras. Tengo que pensar fríamente; ¿no lo comprende?

—La verdad: no.

—Pues no sé cómo decírselo. Usted ya sabe que vivo con Paddy. No me gusta, pero reconozco que es muy bueno conmigo, y que no repara en gastos para tenerme contenta.

—¡Al diablo con Paddy! —exclamó McLaren, intuyendo por fin el motivo de la imprevista parada. Por lo visto, quería tirarle de la

lengua. No saldría defraudada—. ¿No le he dicho ya que me sobra dinero para enterrar a Paddy y a su cochino club?

—Creí que bromeaba.

—Pues se equivoca. Le garantizo que no le hará falta nada. He dado un buen golpe. Nada que sea ilegal y pueda llevarme a la sombra; no soy tan tonto, pero he sabido engañar a unos granujas, cosa que no me remuerde la conciencia, y alzarme limpiamente con el botín que ellos ansiaban. Cuando dentro de muy poco lo «realice», usted pida por esa boca, que no la defraudaré.

—No piense que sea ambiciosa, pero me aterra vivir con estrecheces.

—¡Naturalmente! Una mujer como tú tiene derecho a vivir como una reina. Quiéreme un poquito, y te lo demostraré.

—¡Dick!

Sobrevino una nueva escena de amor, más inquietante aún que la primera, que McLaren interrumpió con evidente nerviosismo. Aquella cimbreante cobra llevaba el juego a límites insufribles. McLaren se sentía furioso, y trató de serenarse.

—¿A qué hora tienes que regresar?

—Hay tiempo. Ahora, continuemos. En el parador podremos hablar con tranquilidad.

—Muy bien. Allí ultimaremos todos los detalles, ¿verdad, preciosa?

—Sí, Dick.

Se encendieron los faros, y el auto reanudó su marcha.

McLaren se retrepó en el asiento, y suspiró como si se sintiese ebrio de felicidad. En realidad, no dejaba de sentirse emocionado. Tenía la seguridad de que, disipadas todas sus dudas, Rita lo llevaba por fin, a la temida y ansiada trampa. Ahora es cuando tendría que hacer gala de toda su astucia y sangre fría, y cuando se presentase el momento favorable —si es que se presentaba— actuar sin vacilaciones ni temores de ninguna clase. Pamela estaba en las garras de aquella gente y tenía que sacarla de allí fuese como fuese, aun a costa de su vida. Nada más hermoso para McLaren que sacrificarse íntegramente por aquella muchacha, único norte de su fracasada existencia.

El auto se había desviado de la carretera, y ahora rodaba por una estrecha alameda. Traspasó una verja de hierro y penetraron en una pequeña explanada frente a un edificio, especie de chalet de dos plantas.

—Aquí es.

Paró el coche frente a la fachada, y por la corta escalinata

descendió presurosamente un hombre uniformado de camarero.

—¿Podríamos tomar algo?

—Desde luego, señorita. Pasen ustedes.

Les abrió la portezuela, y la pareja puso sus pies en el suelo enarenado. El edificio, solitario en medio de la noche, tenía iluminada la entrada bajo una pequeña marquesina por un globo de luz. En la primera planta sólo se veía una ventana encendida, y en la segunda dos huecos que daban a una pequeña terraza. De allí provenía la música sincopada y negra de una radio a medio tono, que retransmitía el acostumbrado concierto de madrugada de los «Tyson's Boys», desde Radio City.

McLaren sonrió. No estaba mal el escenario. El discreto camarero les condujo al piso superior y, una vez allí, les franqueó la entrada de un saloncito muy coquetón, iluminado por luz indirecta, con un pequeño bar adosado en un extremo, butacas tapizadas de raso, un amplio diván, una mesita central, y un gran espejo de marco dorado sobre una consola; todo ello acorde con el decorado de grandes flores amarillas que cubrían las paredes.

—Los señores tienen el bar a su disposición —indicó el camarero —. Eso, si no desean algo especial.

—Sí, tráiganos champaña bien frío —le ordenó—. ¿Verdad Dick?

—¡Claro! Y del mejor.

—¿Les pongo la radio?

—Pues, sí. Eso siempre anima.

El fámulo bajó una palanquita, y los «Tyson's Boys» empezaron a lucir sus habilidades como insuperables intérpretes de la música de jazz. Después se ausentó, cerrando la puerta.

McLaren, que se había sentado en una de las butacas, cerca del diván, se echó a reír, y Rita, que aún permanecía de pie, volvió la cabeza.

—¡Esto es estupendo!

—¿Verdad que sí? Yo vine una vez aquí con Paddy, y por eso lo conozco.

—¡Magnífico! Ahora Paddy se puede ir al infierno, ¿verdad, nena?

Rita ignoraba que, segundos antes, McLaren había sacado disimuladamente la «Smith» del bolsillo de su chaqueta para deslizaría presurosamente por la rendija de la butaca, entre el respaldo y el muelle asiento. Tal vez por eso interpretó la alegría del hombre en otro sentido, y le miró sonriendo de un modo muy cautivante y perfectamente estudiado. McLaren sacó un cigarrillo y

ella se lo arrebató para encendérselo; después, se lo puso en los labios. Él, siguiendo el juego, la cogió por una muñeca, y la mujer se sentó en el brazo del sillón. En aquel instante llamaron en la puerta con los nudillos, y Rita volvió a ponerse de pie.

—¡Adelante!

El camarero depositó un cubo de hielo con la botella en la mesita, y ya se iba a retirar discretamente cuando la mujer le dijo que esperase para indicarle dónde estaba el tocador.

—¿Me permites un momentito, Dick?

—¡Claro, mujer! Pero no tardes.

Salieron los dos personajes cerrando la puerta, y MaLaren quedó solo. Si sus cálculos no fallaban, ahora empezaría la función. Tal vez le estuviesen espiando. Siguió fumando con aire displicente mientras sus ojos tomaban buena nota de cuantos detalles de la estancia pudieran interesarle. El cuarto era interior, con una única salida: la de la puerta. La ventana que se adivinaba a la derecha, tras unos cortinajes de seda pajiza, era más falsa que Judas. Bastaba recordar que en aquella dirección continuaba el pasillo, por donde entraran, para tener la seguridad de que aquello no era un muro que diese a ninguna fachada, sino un simple tabique medianero. A la izquierda, frente a la puerta, el mostrador del pequeño bar podía ser, si se presentaba la ocasión, un magnífico parapeto. En la consola, al pie del gran espejo, se veía un teléfono de mesa. Tal vez funcionase, tal vez fuese un simple elemento decorativo más… Tuvo que suspender todas estas consideraciones, porque en aquel instante alguien llamaba a la puerta.

—¡Adelante! —invitó McLaren, imprimiendo a su voz un tono de evidente sosiego.



—Dijo que me vestiría de brillantes.

Se abrió la puerta súbitamente, con estrépito, y en el umbral destacó la figura de un hombre bastante corpulento, vestido de marrón, y que le apuntaba con una pistola.

—¡Mucho cuidado con moverse, porque disparo!

Se adentró en la estancia, y otros dos individuos, igualmente armados, irrumpieron tras él, desplazándose con celeridad a derecha e izquierda del primero, sin dejar de apuntar a McLaren, que se había inmovilizado en el asiento.

—¿Pero qué diablos significa esto?

—¡Levántese y ponga las manos en alto! Y le advierto que al menor movimiento extraño que haga, le acribillamos. ¡Vamos, aprisa!

—¡Está, bien! —exclamó McLaren, alzando los brazos con lentitud, a tiempo que se incorporaba con fingido asombro—. ¡Vaya sorpresa!

—Tú, Bill, regístralo bien a ver si lleva algo —ordenó el del traje marrón a uno de los otros dos personajes, un joven que no pasaría de los veinte años, de rostro casi imberbe, pero de rasgos innobles.

El aludido sonrió con aires de jaque y, después de guardarse el arma, se acercó a McLaren por la espalda, para cachearlo.

—¡Venga, tú, levanta bien las manos, si no quieres que te santigüe de un guantazo!

McLaren, que no pudo reprimir una sonrisa, le dijo:

—Mira, muchacho, te voy a dar un consejo: no presumas nunca de bravucón. Hace feo.

—¡Cierra el pico o…!

El individuo que entrara en primer lugar le gritó a Bill que dejase de hacer tonterías y éste enmudeció a regañadientes, dedicándose después a un detenido cacheo. Se arrodilló para palpar el vuelo de los pantalones y, a lo último, volvió a incorporarse.

—No tiene ningún cacharro.

El del traje marrón suspiró con notorio alivio, y le dijo que ya podía sentarse. En aquel momento. McLaren se dio cuenta de que el tipo lucía en su labio superior una pequeña cicatriz, visible a pesar del corto bigote que le adornaba. Se trataba sin duda del famoso «Mr. Harriman». La comprobación le puso de excelente humor.

—¿Se puede saber qué diablos pretenden ustedes? No creo llevar en la cartera más de sesenta dólares. ¿Se conforman?

—Puede guardarse su dinero —le respondió el tercer personaje, un individuo achaparrado, sonriendo con frialdad.

—Oigan, amigos, creo que se equivocan. Yo sólo he venido aquí a pasar el rato. A propósito: no me gustaría que le sucediese nada a una señorita que me acompañaba.

—No se preocupe. La señorita está muy bien.

—Menos mal. ¿Y qué desean, si se puede saber?

—¡Cierra el pico de una vez! —le amenazó el joven Bill—. Ya te lo dirán.

—A este muchacho no lo tiene usted muy bien educado —sonrió McLaren, dirigiéndose al del traje marrón.

El aludido se puso rojo de ira y alzó la pistola con intención de

estrellársela en la cara, pero el de la cicatriz, quien por lo visto llevaba la voz cantante, le llamó destempladamente al orden. Después dijo a McLaren:

—Y usted procure no hacerse más el gracioso. Creo que sólo le hemos molestado lo imprescindible. Ármese con nosotros de paciencia, y, al final, se lo explicará todo.

—¡Está bien! ¿Puedo fumar?

—Sí, desde luego… Tú, Harry, apaga esa radio. No estamos para músicas.

El segundo personaje cumplió la orden, y en el saloncito reinó de pronto un silencio impresionante, sin que el resto de la casa pareciese gozar de mayor animación.

Los tres hombres, de pie, no quitaban el ojo a McLaren, que fumaba filosóficamente sentado en la butaca, con la cabeza baja. Pensaba en la «Smith» que tenía escondida en la rendija del sillón, a su derecha. No le moverían de allí sin antes participar en una bonita traca, a menos que lo dejaran fuera de combate. Sin duda, ahora aguardaban la llegada de Paddy. Probablemente, su entrevista con él, tendría lugar en aquella misma habitación. De ser así, el proyectado plan se desarrollaba maravillosamente. En caso contrario, tendría que jugarse el todo por el todo, y correr cuantos riesgos se presentasen, por gravísimos que fuesen.

Se abrió la puerta, y entró el camarero que saliera a abrirles. Otro cómplice, a juzgar por la naturalidad de que hizo gala ante la edificante escena. Cambió unas cuantas palabras con el llamado Harry, y se quedó haciéndoles compañía. El famoso

Parador Kissena era una simple guarida de «gangsters» al servicio del avispado dueño del Copain Club. Nada nuevo para McLaren, que ya lo barruntó desde el primer momento.

Se percibió el zumbido de un motor.

—Creo que ya llega. Saldré a abrir —dijo el supuesto camarero.

En efecto, el coche, se detuvo al poco rato, parando el motor; se oyó el golpe seco de una portezuela al cerrarse, y, pasados, unos segundos, volvió a abrirse la puerta del saloncito, dibujándose en su umbral la estilizada figura de Paddy Wivel luciendo el impecable *smoking* con que solía recibir a sus amigos y clientes en el club nocturno. Tras él, Rita Marlow sonreía con notoria satisfacción y descaro.

Nada de todo aquello suponía para McLaren la menor sorpresa. No obstante, fingió el asombro más profundo y se inmovilizó expectante, con los ojos muy abiertos y ambas manos aferradas a los brazos del sillón.

—¡Buenas noches, McLaren! —sonrió Wivel—. ¿Qué tal le han tratado mis muchachos?

—¡Oiga, Wivel!… ¿Qué diablos significa esto?

—Ahora se lo explicaré… ¿De modo que pretendía birlarme la dama…? ¡Vaya, hombre! Para que se fíe uno de los amigos.

—¡Mire, Wivel, no creo que eso sea motivo…! Además, si yo le dije algo a Rita, fué porque ella, en cierto modo, me dió pie. No soy yo…

—¡Cálmese! Le aseguro que por eso no nos vamos a enfadar. Es más le diré que Rita se ha limitado a seguir fielmente mis instrucciones. Me interesaba muchísimo hablar con usted «aquí», ¿comprende?

McLaren consideró oportuno dirigir ahora una furiosa mirada a la mujer, que ésta resistió sin pestañear, mientras le sonreía con desdén.

—No creo que usted y yo tengamos que hablar nada, Wivel —le replicó, ceñudo.

—Esa es su opinión, pero la mía es muy diferente. Dese cuenta de que ahora está usted en mis manos, y que lo más conveniente será prestarse de buen grado al diálogo.

McLaren no parecía escucharle. Se mantenía con la cabeza baja y el rostro aborrascado, como si los imprevistos acontecimientos hubiesen inundado su ánimo de una cólera sorda, pronta a estallar. Paddy, que se mantenía a corta distancia de él, se dirigió a los otros tres sujetos, quienes, sin perderle de vista, continuaban encañonándole con las pistolas.

—¿Lo habéis cacheado bien?

—Si, jefe —respondió Bill— no lleva nada.

—Vosotros no le perdáis de vista, y si intenta algo, disparad en seguida. Es un tipo de cuidado. Lo conozco bien.

Avanzo hacia la derecha, y se sentó displicentemente en el borde de la mesita, a unos dos metros de McLaren, mientras los tres pistoleros se abrían en abanico, frente a él.

—¿Qué te dijo, Rita? —preguntó Paddy a la mujer, que se había vuelto de espaldas para contemplarse en el espejo.

—Que me vestiría de brillantes.

—¡Vaya! Por lo visto nuestro amigo es un potentado. ¿Es verdad que tiene usted muchos brillantes, McLaren?

—Demasiado sabe que no poseo un centavo. ¿Es que nunca le ha mentido a una mujer, para tratar de conseguir sus favores?

—Sí, a veces; pero en este caso sospecho que usted era sincero.

—¿Qué quiere decir?

—Se lo explicaré sin muchos rodeos.

McLaren clavó sus furiosos ojos en Paddy Wivel, que se había concedido una corta pausa, a fin de disponer convenientemente la raya del impecable pantalón.

VI

—El problema que le voy a plantear —empezó Wivel— lo comprenderá inmediatamente cuando le haga una pregunta… ¿Qué hacía usted a las tres de esta tarde, paseando por el vestíbulo de los Almacenes Macy con una hermosa gardenia en la solapa?… ¿No me responde?… Le daré todavía más detalles… Del interior salió una mujer a quien usted cogió del brazo, para entrar con ella de nuevo en la planta. Es inútil que lo niegue, porque fui yo mismo quien los sorprendió, aunque usted no reparase en mi. Esperaba verles salir otra vez para seguir los pasos a esa mujer, pero como un tonto no se me ocurrió pensar que los almacenes pudiesen tener otra salida, y cuando se me alcanzó aquella probabilidad, ustedes ya se habían marchado. De todas formas, el incidente no me afectó mucho. Me bastaba con saber quién era un sujeto llamado Tony, ¿comprende? Confieso que me moría de ganas por encararme con ese individuo, y que ya tenía mis planes para concertar con él una amable entrevista. ¡Figúrese mí alegría al verlo llegar esta noche al club presumiendo de millonario para, al final, caer como un pajarillo en las seductoras redes de Rita…!

—Oiga, Wivel, creo que se equivoca. Yo…

—¡Usted —le interrumpió Paddy, encarándose con él— se ha pasado de listo, y ha pretendido alzarse con un negocio al que yo tenía echado el ojo hace mucho tiempo! El simple de Ronald sucumbió a sus amenazas, y cantó de plano. Usted ya se veía nadando en la abundancia, pero no contaba con lo imprevisto. Y lo imprevisto ha sido que ese asunto me corresponde a mí. Hace ya bastantes meses que aguardaba la ocasión. Ignoraba quién podría ser la persona encargada de iniciar las gestiones, pero estaba muy al tanto de lo que se proyectaba hacer. Tengo buenos confidentes en la «National», y en cuanto se emprendieron las negociaciones, me informaron en seguida. Reconozco que, en principio, anduve torpe, creyendo que cierta muchacha podría resolverme el problema. Después, no tuve más remedio que recurrir a Ronald. Este era la clave. Cantó, pero usted ya se me había adelantado. Por fortuna he sabido atajar a tiempo su peligroso juego. Y ya lo sabe todo. McLaren. Ahora sea buen muchacho, y dígame quién es esa mujer y dónde puedo encontrarla.

—¡Vaya! No sabía que era usted el autor de los secuestros de Ronald y de la muchacha.

—Y del suyo, McLaren. De modo que no lo olvide, y hable claro. Le conviene.

El aludido guardó un corto silencio y, después, haciendo gala de una perfecta tranquilidad le dijo:

—Lo malo para usted, Wivel es que yo soy un tipo mucho más duro de pelar que Ronald.

—¿Quiere indicarme que no cantará?

—Eso mismo. Una vez, en Chicago, hará unos tres años, los muchachos de un tal Pat O'Connor se empeñaron en que yo les dijese quién era el confidente, que figuraba como miembro de la banda, un individuo al que yo conocía muy bien por ser compañero mío del F. B. I. Durante tres días me estuvieron «interrogando» Y no canté. Después, creo que estuve un mes en el hospital, hasta reponerme.

—¡Pues le juro que esta vez cantará, aunque tenga que sacarle el pellejo a tiras! —le gritó Paddy, poniéndose en pie

—Se equivoca. No sacarán nada de mí. Y no es que me siga interesando el negocio. Me consta que para mí ya se ha ido al diablo. Sólo que le tengo apego a la vida, y no me gustaría morir tan joven.

—¿Por qué lo dice? —interrogó Paddy Wivel, intrigado.

—Muy sencillo: Mientras me mantenga con el pico cerrado, usted será el primer interesado en que nada irreparable me suceda, pero en cuanto canté, mi vida le importará un comino, y estos muchachos se encargarán de liquidarme.

—¡No diga simplezas! A mí no me interesa llegar a esos extremos. Hable, que le garantizo que nada le ocurrirá. Es más, una vez rematado el negocio le pondré en libertad y le daré unos cuantos billetes de los grandes. Comprenda que, finalizado el asunto, usted ya no podría perjudicarme, aunque intentara denunciarme. Nadie creería en sus fantasías y, por otra parte, tengo amigos influyentes.

—¡Es inútil! Antes de hablar, necesito pruebas de que nada me pasará después.

—¿Pruebas? —indagó él hombre, con desconcierto—. Si no se fía de mi palabra, no sé cómo dárselas.

—Yo, sí —le dijo McLaren, clavando sus ojos en él—. ¿A que no me enseña al abogado ni a la muchacha?

—¿Supone que los he liquidado? —pregunto Paddy, con sincero asombro.

—¡Naturalmente! Yo a usted lo conozco bien. ¿O me cree tonto?

El dueño del «Copain Club» rompió a reír. Ahora parecía sentirse sinceramente divertido. Volvió a apoyarse en la mesa, y le dijo:

—¡Pero no sea insensato, McLaren! ¿En qué me puede beneficiar la muerte de Ronald o de la chica, una vez concluido el asunto?

—¡No trate de escurrir el bulto! Si quiere sacarme de mi supuesto error, hay un procedimiento más sencillo que intentar convencerme con buenas palabras ¿Por qué no lo pone en práctica? Yo se lo diré: ¡Porque no puede hacerlo!

En esta ocasión Paddy se limitó a mover la cabeza, como dando a entender que no valía la pena de seguir discutiendo con un personaje tan cerrado de mollera.

—Oiga, McLaren: si yo le demuestro que Ronald y la chica siguen gozando de buena salud, ¿se compromete usted a informarme de lo que me interesa?

—¡Sí! Pero no podrá hacerlo

—Oye, Harry —le dijo Wivel a uno de los pistoleros—: baja y súbelos aquí. Y vosotros dos, no perdáis de vista a este testarudo.

McLaren hundió la barbilla en el pecho, y ocultó el rostro guardando hosco silencio. En realidad, aquello era un ardid para tratar de ocultar su súbita turbación. El corazón le latía con violencia. Dentro de breves instantes, Pamela, la chica de Tommy Luccino, entraría por aquella puerta. El pensamiento arremolinaba en su mente un mundo de recuerdos entrañables. Después de todo un año sin verla, la tendría por fin ante sus ojos ¡Y en qué situación, Dios mío! Pero tenía que dominarse. Ahora más que nunca necesitaba ser dueño absoluto de sus nervios, para poder obrar con la celeridad del rayo que descarga su furia clarividente. Serenidad, sangre fría, era lo único que ansiaba en aquellos momentos. Arrojo para jugarse la vida frente a aquellos miserables, le sobraba. ¿Habría algo más bello en el mundo que sacrificarse íntegramente por la muchacha?

Volvió a abrirse la puerta, y McLaren apretó los dientes. Oyó una voz:

—¡Vamos, pasen! No se queden ahí parados.

Avanzaron hasta el centro de la estancia, y se detuvieron frente a él. McLaren sólo veía los pantalones negros del abogado y, a su lado, los zapatos de tacón bajo y la falda azul a media pierna de la muchacha. Harry cerraba la puerta, y Paddy decía:

—Bueno, aquí los tiene usted, McLaren ¿Qué me dice? —y como el hombre no respondiese, se dirigió al abogado—: Nuestro amigo tenía interés en verles. Suponía que ustedes ya estaban en el otro

barrio o poco menos.

McLaren había alzado al fin los ojos, clavándolos en el asustado rostro del abogado, sin desviarlos un punto de él.

—¡Valiente tipo está usted hecho. Ronald! ¡Apártese de mi vista, chivato! —le gritó, con un airado ademán de su brazo izquierdo—. ¿No me oye?

Trató de incorporarse de la butaca, y el del traje marrón empujó a Ronald y a la muchacha, desviándolos hacia un extremo para encañonarle convenientemente, al tiempo que le decía:

—¡Cuidado con hacer tonterías amigo!

—No puedo soportar a cierta gente —comentó McLaren, algo más calmado, dejándose caer de nuevo sobre el respaldo; después, miró a Wivel y le dedicó media sonrisa—: Bueno; ya veo que me he equivocado. Usted gana.

Paddy rió satisfecho, y se puso en pie.

—Supongo que ahora cumplirá su palabra.

—¡Qué remedio! Pero usted dijo antes que me dará algunos billetes de los grandes.

—No es eso lo tratado últimamente —sonrió—, pero no me gusta ser tacaño. Cuando todo se haya arreglado, le entregaré cinco mil.

—¡Diez! Ya puede dármelos de sobra.

—¡Está bien! Cuente con ellos. Ahora es usted quien tiene la palabra.

Había llegado el momento decisivo. Paddy Wivel estaba en pie, a su derecha, a un metro aproximadamente de distancia; a la izquierda y a su espalda, cerca del pequeño bar, Ronald y la chica de Luccino, y frente a él, los tres sujetos a unos dos metros, poco más o menos. Finalmente. Rita, de curiosa espectadora, se situaba en el extremo más alejado, junto a la consola. La «Smith», que sacara disimuladamente de la rendija, la tenía ahora bajo su muslo derecho.

—Las piedras y joyas —informó McLaren, con voz tranquila— siguen en poder de esa mujer, una viuda con dos hijos, antigua esposa de un compañero de Luccino que mataron hace tres años en Charleston, y a quien éste protegía. Le apuntaré sus señas —sacó un pequeño carnet del bolsillo superior de su americana, y se dirigió a Wivel—: ¿Quiere usted dejarme la pluma o un lápiz?

Paddy, que como los otros no se recelaba lo más mínimo, sacó su estilográfica y avanzó dos pasos para dársela. Instintivamente, con una celeridad de relámpago, lo asió con la mano izquierda por la muñeca, y tiró con fuerza del hombre, que cayó sentado en sus

rodillas, mientras que su derecha se apoderaba de la «Smith», que hundió en el costado de Wivel.

—¡Si sus hombres disparan o se mueven, dése por muerto! —voceó McLaren.

Aprovechándose del desconcierto general, McLaren se parapetó aún mejor tras el cuerpo del aterrado Paddy, pasándole el brazo izquierdo por él pecho, y alzándose con él de la butaca, que tumbó de un taconazo.

—¡Cuidado, Harry, no disparéis! —gritaba Wivel a los tres pistoleros, que se miraban absortos—. Tiene una pistola.

—No tiene nada —reaccionó, al fin, el más joven—. Lo registró muy bien.

Por toda respuesta, McLaren desvió el arma, y disparó al aire. La bala dió en la luna del espejo, que saltó con estrépito, provocando un chillido de Rita.

—¿Qué tal, perros? ¿Tengo o no tengo pistola? Para cazarme a mí hace falta más pupila y más agallas ¡Cuidado con ponerse nerviosos, si no queréis que la segunda bala haga carne!

—¡No disparéis! ¡No disparéis! —gritaba Wivel, blanco como el papel.

—Ya oís lo que dice el jefe. Es lo prudente. ¡Ronald! —gritó— escóndase con la chica en el bar! ¡Aprisa!

Desvió la mirada a su izquierda. En aquel instante, el abogado tiraba de Pamela, y los dos desaparecieron tras el mostrador. McLaren rompió a reír. Se sentía exaltado, y con un solo brazo manejaba a Wivel, como si este fuera un pelele parapetándose tras él.

—¿Y ahora qué, cochinos? ¿Para qué os sirven las pistolas?

—¡No disparéis! ¡No disparéis! —seguía vociferando Paddy.

—¡Calla, perro, que ya tendrás tu merecido! Y esos cobardes también. ¡Tirad las pistolas, al suelo, si no queréis que os abrase! ¡Venga!

Ninguno se decidía a obedecer la orden, como tampoco a hacer uso de las armas por miedo a hacer carne en el cuerpo de Paddy Wivel. Pero McLaren abrió el fuego disparando contra el tipo de la cicatriz, que dejó caer la pistola al sentirse herido en el hombro derecho.

—¡Maldita sea!

Dos estampidos casi simultáneos fué la respuesta, y todo el peso del dueño del «Copian Club» se desplomó sobre su brazo. El pistolero herido abrió la puerta y corrió a ocultarse en el pasillo, mientras los otros dos, evidentemente desmoralizados, dispararon

de nuevo sin ton ni son, ansiosos también de ganar la salida. Un nuevo disparo de McLaren alcanzó al llamado Harry en una pierna, y el hombre cayó ya en el pasillo, en donde se arrastró presurosamente hasta ocultarse, en tanto que el joven Bill saltó como un corzo, perdiéndose de vista.

—¡Magnífico! —rió McLaren.

Aflojó la presión de su brazo, y Paddy Wivel se desplomó sobre el suelo como un saco. Por su blanca pechera corría la sangre que le brotaba de dos orificios.

—Así acaban los canallas —comentó Dick, dándole con el pie.

A continuación se hizo cargo de la pistola que abandonara el herido, una magnífica «Colt», y se separó apresuradamente de la puerta sin perderla de vista, mientras gritaba:

—¡Manténganse ocultos, Ronald! ¡No salgan! Estos perros pueden estar al acecho. Pero al primero que asome las narices por la puerta, le vuelan los sesos.

—¿Está usted bien, Dick? —se oyó decir a la chica.

—¡En la gloria! —rió McLaren—. No se preocupe, Pamela.

Estaba junto a la consola, vigilando la puerta que veía de perfil, cuando sus ojos se fijaron en el teléfono. Una feliz idea dibujó una sonrisa en sus labios. Si el aparato funcionaba, estaban salvados. En efecto, descolgó el auricular, y percibió la señal de llamada. Marcó presurosamente un número, y gritó por el auricular:

—¿Central de policía?… Oiga, les habla Richard McLaren. Unos tipos me tienen acorralado en una casa de campo, cerca de Ruterford. Vengan en seguida… Tomen la primera desviación a la derecha de la autopista de Jersey City a Newark. Es un chalet aislado, de dos pisos… Sí, sí, cerca de Ruterford ¡Dense prisa!…

Volvió a colgar el auricular, y entonces fingió darse cuenta, por primera vez, de la presencia de Rita, a quien ya había visto anteriormente encogida tras una de las butacas.

—¡Ah, pécora! ¿Todavía estás aquí?

—No, no, yo…

—¡Largo de aquí, ahora mismo! Y alégrate de salir tan bien librada.

La mujer no se hizo repetir la orden, y se incorporó para salir a continuación del cuarto, mientras gritaba a los muchachos que no disparasen, que era ella.

La estratagema rindió admirables resultados. Segundos más tarde, McLaren percibió el rumor de pasos y el taconeo de Rita, que se alejaba por el pasillo. Después, dejaron de oírse. Se aventuró a sacar la cabeza por la puerta. Nadie. Avanzó con precauciones, y en

el remate de la escalera se dió cuenta de que ya estaban fuera de la casa. En efecto desde una de las ventanas que daban a la fachada, los vió. En aquel instante, el falso camarero y Bill ayudaban a subir al coche a uno de los heridos, mientras Rita lo hacía por la portezuela delantera. Cuando todos estuvieron dentro, se encendieron los faros, y el auto se puso en marcha.

—¡Buen viaje, amigos! —rió McLaren.

Cuando hacía su entrada en el saloncito, se tropezó de manos a boca con Pamela, que en aquel preciso instante salía, por lo visto, en su busca.

—¡Oh, Dick! ¿Cómo está? ¿Le han herido?

—Estoy perfectamente. Esos chapuceros eran inofensivos.

Por fin la veía cara a cara. Recordaba vivamente aquellos rasgos: los labios dulces y sensitivos, los ojos de obscuro terciopelo, la frente clara y noble… Sólo el pelo era distinto, de un cobre encendido, como una cascada de luz sobre los hombros.

—Este hombre está muerto —oyó decir.

Reaccionó. Era Ronald quien le hablaba. El abogado se había arrodillado ante el cadáver de Wivel, y le miraba, alzando los ojos.

—Sus mismos compinches lo han liquidado. No se preocupe. Ya tienen su merecido. Ahora, lo que urge es marcharse. Tenemos el campo libre.

—Ya oí cómo avisaba a la policía. Esto le va a traer complicaciones, McLaren.

—Se engaña. Corté la comunicación, y no llamé a nadie. Sólo pretendía que lo creyesen esos tipos, para que saliesen pitando, como así ha ocurrido.

—¡Bravo! Reconozco que es usted todo un personaje. Y no lo digo por simple agradecimiento, aunque…

—Bueno, déjese la charla, que ya tendremos tiempo de cambiar impresiones —le interrumpió McLaren—. Hay que largarse ahora mismo. ¡Salga!

Obedeció Ronald, y Pamela le siguió los pasos, pero antes de traspasar el umbral dió la vuelta, y detuvo a McLaren poniéndole una mano en el pecho.

—Oiga, Dick, yo he sido muy injusta con usted. Suzy me lo contó todo. Yo…

McLaren cogió la mano de la muchacha entre las suyas y se la besó en silencio, con ternura.

—Vamos, Pamela.

—Sí, Dick —sonrió la chica.

Y salieron juntos. Abrazados.

EPÍLOGO

Pamela, como casi todas las mujeres, posee el instinto del orden y de la limpieza. Quiere que todo esté en su sitio y perfectamente dispuesto. Ha amontonado sobre mi mesa todos los papeles que andaban dispersos, y me ha ordenado que les diera un repaso para guardar lo necesario y desprendernos de los inútiles. Yo, como es lógico, no he tenido más remedio que dedicarme a la tarea y, por eso, ahora tengo en mis manos las cuartillas que emborroné hará unos tres meses, cuando me encontraba solo y me sentía profundamente desdichado. Pero hoy ya soy otro hombre. Las dispondré en el montón de los papeles inútiles.

Mañana hará un mes que nos casamos. Provisionalmente, vivimos en la pensión de Mistress Rowe, que me ha cedido otra habitación adjunta a mi antiguo cuarto. No somos ricos; esa es la verdad. Pero yo sé que triunfaré. Ni Pamela ni yo guardamos el menor temor ante el futuro; sobre todo, ella, que ha sabido renunciar a una inmensa fortuna que muy pocas personas habrían dejado escapar de sus manos: me refiero a lo que le dejó su padre.

Cuando Ronald le explicó el asunto, ella se opuso desde el primer momento, sin la más mínima vacilación. Recuerdo sus palabras: «Mi padre fué un hombre admirable, y su ciego cariño por mí nunca podré pagárselo. Pero yo no quiero ese dinero, sino prestigiar su memoria, demostrando a las gentes que, cuando nos lo proponemos, los Luccino somos más honrados que nadie». Yo la apoyé, frente a la resistencia de Freddy Ronald, que acabó pensando que nos habíamos vuelto locos.

¡Qué asombro el de Mr. Cambell, director general de la «National Insurance Co.», cuando aquella mañana, en su despacho, Pamela abría el pequeño maletín de cuero donde se amontonaba el codiciado tesoro! Yo la acompañaba. En su alegría febril, Mr. Cambell quiso obsequiarla con un cheque de diez mil dólares. Pero Pamela lo rechazó con una sonrisa, diciéndole: «Muchas gracias. Pero a la hija de Tommy Luccino no le hace falta el dinero. Soy yo, Mr. Cambell, la que le regala a usted setecientos mil dólares». ¡Estuvo magnífica.

Después, cuando nos casamos, el hombre volvió a insistir. Esta vez se sintió más espléndido y le remitió otro por valor de veinte

mil, con una expresiva carta en donde le rogaba que lo aceptase como regalo de boda, junto con su incondicional estima y consideración. Pamela se echó a reír, y no quiso hacerle un nuevo desaire. Eso sí, la mitad de aquel dinero lo puso en manos de Maggy. Aquella cantidad se la había ofrecido su padre y le pertenecía. Eso le dijo. Con los otros diez mil dólares, hicimos el obligado viaje de novios a Niagara Falls, y aún sobró para comprar ciertos enseres y otras chucherías Ya poco nos queda. Pero ni a Pamela ni a mí nos importa.

En este momento, Pamela, de codos en la ventana, contempla el muelle sumido en sombras, y las luces de Queens en la otra orilla del East River, mientras yo finjo seguir la tarea de seleccionar mis papeles. Tommy Luccino me mira desde un retrato enmarcado en cuero, que su hija ha dispuesto sobre la mesa. Está serio. Parece decirme: «¿Qué has hecho, insensato? ¿Por qué consentiste que Pamela devolviese las joyas? Yo las robé para que a mi chica jamás le faltase nada, y ahora…». «Estate tranquilo, Luccino —le respondió— a Pamela nunca le faltará nada. ¡Yo triunfaré!».

FIN

Colección SERVICIO SECRETO

TÍTULOS PUBLICADOS

1.— La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
2.— Entre tinieblas. *Jack Grey.*
3.— Servicio especial. Tony *Wanton.*
4.— Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
5.— El hotel de los crímenes. *Jack Grey.*
6.— Los cuatro ases. *Peter Debry.*
7.— La noche de Bright Garden. *A. Rolcest.*
8.— El castillo de los ahorcados. *Peter Debry.*
9.— ¡Contraespionaje! *Tony Wanton.*
10.— Peces de platino. *Peter Debry.*
11.— La hiena blanca. *Jack Grey.*
12.— Gangsters de Casablanca. *Peter Debry.*
13.— Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
14.— Valses tétricos. *Peter Debry.*
15.— La libélula de cristal. *Kent Miller.*
16.— Los buitres negros. *Peter Debry.*
17.— El monstruo. *Jack Grey.*
18.— En busca de una cabeza. *Peter Debry.*
19.— El gas R.650. *Kent Miller.*
20.— La atómica en Hollywood. *Peter Debry.*
21.— La onda mortal. *Kent* Miller.
22.— Misión en Extremo Oriente. *A. Rolcest.*
23.— La zorra del desierto. *Tony. Wanton.*
24.— La bella del Bósforo. *Peter Debry.*
25.— Rechazados por la muerte. *Jack Grey.*
26.— La isla Corazón. *Peter Debry.*
27.— Agente novel. *Al Masson.*
28.— Los diablos del Artico. *Peter Debry.*
29.— Motín en los Balcanes. *Enue Parket.*
30.— M I 5. *Tony Wanton.*
31.— Con pasaporte robado. *F. P. Duke.*
32.— El pulpo humano. *Peter Debry.*
33.— El amuleto de Kali. *Kent Miller.*
34.— La pequeña tonkinesa. *Peter Debry.*
35.— Corea. *Tony Wanton.*
36.— Piratería moderna. *Peter Debry.*
37.— Pánico en Nueva York. *Alex Wilkie.*
38.— Un pistolero en el F. B. I. *Peter Debry.*
39.— Héroes anónimos. *F. P. Duke.*
40.— “Dama Dinamita”. *Peter Debry.*
41.— Yo acuso. *Tony Wanton.*
42.— Llamada al amanecer. *Kent Miller.*
43.— El secreto del tratado de Química. *F. P. Duke.*
44.— Doctor Borgia. *Peter Debry.*
45.— Los diablos de Wakefield. *Kent Miller.*
46.— Asesinatos en el estadio. *Peter Debry.*
47.— El soplo de la muerte. *Jack Grey.*
48.— La implacable amenaza. *Tony Wanton.*

49.— **Una pista difícil. *Jack Grey*.**
50.— **Obscuro dominio. *Tony Wanton.***
51.— **Sabotaje. *Kent Miller*.**
52.— **La muerte lenta. *Peter Debry*.**
53.— **Operación “la negra”. *Fred Gorhan.***
54.— **Platillos volantes. *Peter Debry*.**
55.— **Bautismo de fuego. *Kent Miller*.**
56.— **Aviones sin rumbo. *Peter Debry*.**
57.— **Un loco en la sombra. *A. Rolcest.***
58.— **El encapuchado gris. *Jack Grey*.**
59.— **La tela de araña. *Kent Miller*.**
60.— **La operación “Greif”. *A. Rolcest.***
61.— **Sabotaje en Persia. *John L. Martín.***

Colección BISONTE



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

121.— **El valle de los siete ojos. *John F. Abbot***
122.— **Pueblo de ventajistas. *M. L. Estefanía.***
123.— **En el camino de Dodge. *J. de Cárdenas.***
124.— **El peor de los “cow-boys”. *M. de Silva.***
125.— **El final del sendero. *Fidel Prado.***
126.— **Uno que vale por cien. *Raf Segrram.***
127.— **¡California Kid! *Francisco Escaño.***
128.— **Jugando con la muerte. *Peter Doom.***
129.— **Cara de Poker. *Fidel Prado.***
130.— **Duro de pelar. *Raf Segrram.***
131.— **A mil dólares la vida. *M. de Silva.***
132.— **A cara o cruz. *Peter Doom.***
133.— **¡Estaba escrito! *Fidel Prado.***
134.— **El grandullón. *Raf Segrram.***
135.— **Un equipo tejano. *M. L. Estefanía.***
136.— **Una. bala para tres. C. *Lindsmall.***
137.— **El fugitivo. *Peter Doom.***
138.— **Entrefieras. *Raf Segrram.***
139.— **¡Adelante, Willy! *M. de Silva.***
140.— **Los pastos del río. Joe Bennett.**
141.— **El fantasma de tierra amarilla. J. *de Cárdenas.***
142.— **Mercaderes sin ley. *R. C. Lindsmall.***
143.— **El justiciero. *Raf Segrram.***
144.— **Perdonavidas. *Peter Doom.***
145.— **El que mató a Duncan Suiza. *Alone Gregory.***
146.— **Ciudad de Plata. *R. C. Lindsmall.***
147.— **El desesperado. *Raf Segrram.***
148.— **El pistolero del Sudoeste. M. *L. Estefanía.***
149.— **La ruta de los malditos. *Fidel Prado.***
150.— **Un pobre diablo. *Raf Segrram.***
151.— **Seis cartuchos. M. *L. Estefanía.***
152.— **El drama do una vida. *Fidel Prado.***
153.— **Titanes del Oeste. *M. de Silva.***
154.— **Alias Montana. *Alone Gregory.***
155.— **La sombra del muerto. *Raf Segrram.***
156.— **El imperio del “Colt” *M. L. Estefanía.***
157.— **Pistoleros a sueldo. *Rutel Prado.***
158.— **El secreto del “gun.man”. *M. de Silva.***
159.— **El dominador. *Raf Segrram.***
160.— **Los justicieros de Dodge. *John F. Abbot.***
161.— **Nido de “gunmen”. *M. L. Estefanía;***
162.— **El diablo amarillo. *Alone Gregory.***
163.— **El regenerado. *Raf Segrram.***
164.— **Bautismo de sangre. *Fidel Prado.***

165.— Pueblo seco. *Joe Bennett.*
166.— King, el gato. *Raf Segrram.*
167.— El barranco de la muerte. *Fidel Prado.*
168.— El valle sangriento. *Raf Segrram.*
169.— Maldición en la Pradera. *M. de Silva.*
170.— “Corazones” Bradley. *Joe Bennett.*
171.— La hiena del valle. *Raf Segrram.*
172.— La incógnita de Jack Smith. *Raf G. Martyn.*
173.— El terror de los cuatreros. *Raf Segrram.*
174.— Rancho quemado. *Fidel Prado.*
175.— Galopando con la muerte. *Raf Segrram.*
176.— Plomo en Arizona. *Joe Bennett.*
177.— El tiranuelo. *Raf Segrram.*
178.— Lo que puede un hombre. *Fidel Prado.*
179.— La trocha maldita. *Raf Segrram.*
180.— Los gigantes de Oklahoma. *Joe Bennett.*
181.— El sabueso de Texas. *Raf Segrram.*
182.— Buscando fama. *Peter Doom.*
183.— Un buen amigo. *Raf Segrram.*
184.— Un tejado en Road Creeck. *Orland Gar.*
185.— Razones de plomo. *M. L. Estefanía.*
186.— La oveja negra. *Raf Segrram.*
187.— Persecución a muerte. *Fidel Prado.*
188.— En el cubil de la fiera. *Alone Gregory.*
189.— La frontera peligrosa. *Fidel Prado.*
190.— El espectro de la cabaña. *Preston Slathery.*
191.— Caprichos del destino. *Fidel Prado.*